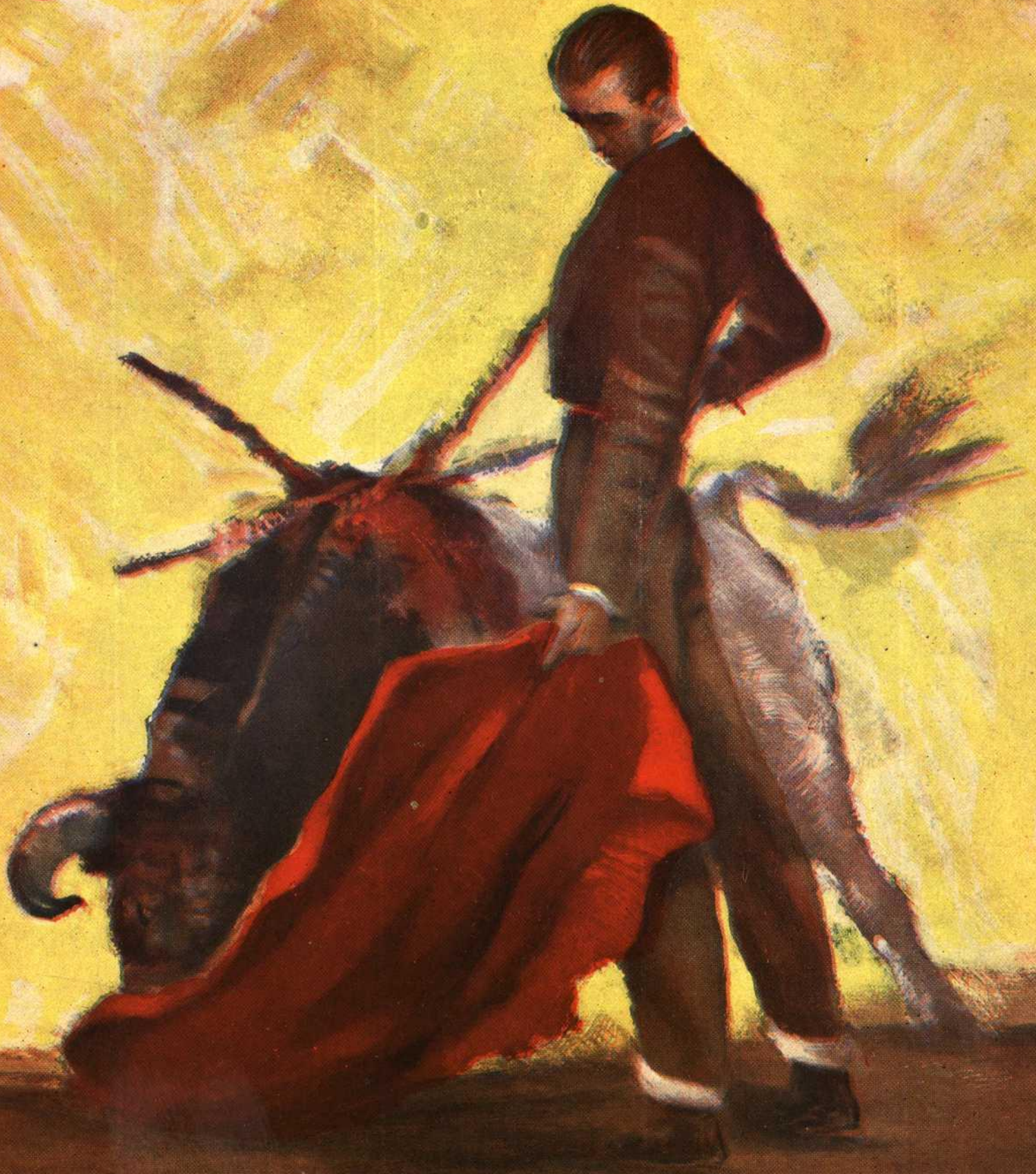


El Ruedo



2
Ptas.

DOMIGVEZ

45



ENRIQUE
SEGURA

Echando de comer al ganado
(Dibujo de Enrique Segura.)

Tienta en la finca de Pinohermoso

Luis Miguel Dominguín, dispuesto para intervenir en las faenas de campo
(Foto Marí) (Información gráfica en la página 9)



AYER Y HOY

"COMO SIEMPRE, AL COMENZAR EL AÑO,
TODO SE VE DE COLOR DE ROSA"



Las localidades estarán
al alcance de todas las
manos



Los toros serán bravos y
poderosos...



Los diestros utilizarán casi
siempre la mano izquierda...



Serán contadas
las manoleínas
que ejecuten...



Y las estocadas, colocadas
en todo lo alto, echarán a
rodar los toros sin puntilla...

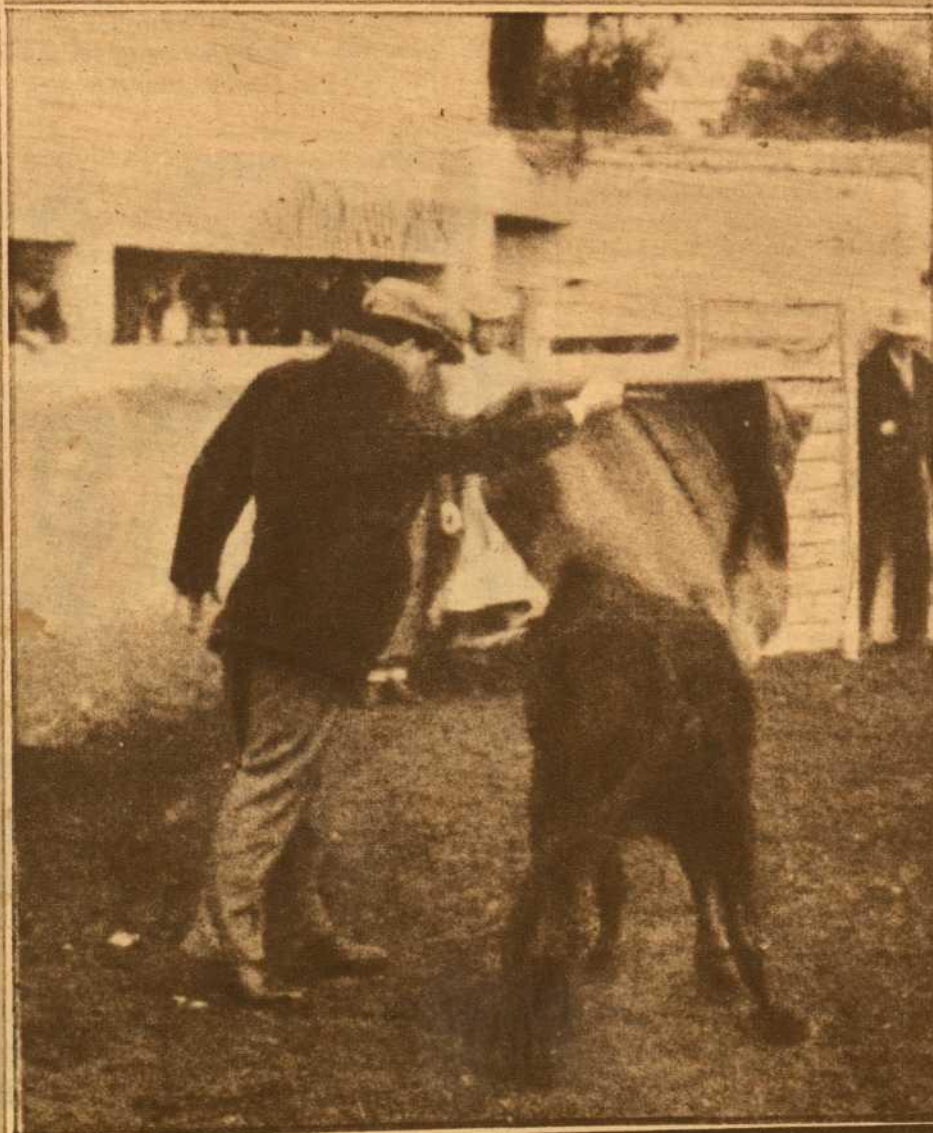
ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año II → Madrid, 27 de diciembre de 1945 ← Núm. 79



Durante la pausa que los días invernales marcan en el espectáculo taurino, el aficionado no olvida su pasión favorita y frecuenta los tentaderos, tomando parte activa en ellos (Fot. Marí.)

(Información gráfica en la página 9 de este número)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



CON este número 79 de EL RUEDO nos despedimos del año 1945 y de su correspondiente temporada taurina. Si con este pretexto nos pusieramos a hacer un resumen y tratásemos de obtener consecuencias más o menos aleccionadoras, llegaríamos muy pronto e indefectiblemente al mismo tema económico del último jueves y de otros jueves que creemos recordar.

La verdad es que al final del año anterior nos las prometíamos mucho más felices que ahora. El resultado artístico de la

temporada de 1944 había sido tan brillante para los diestros, que el público no parecía darse cuenta, no ya de las tan discutidas cuestiones en torno al trapío y edad de las reses, sino del precio que venía pagando por las localidades. Las Plazas se llenaban todas las tardes y los empresarios realizaban excelentes negocios. Fué un año completo del que salieron satisfechos diestros, empresarios, ganaderos y público.

Nada de extraño tenía, pues, que la temporada de 1945 se esperase con ilusión por parte de todos, con demasiada ilusión tal vez. El público, pagano en fin de cuentas, podía pensar con temor en el torito; pero confiaba en que algo podría venir a remediarlo, y en cuanto a los interesados, poco hay que decir. La certeza del éxito obtenido les llevaba como sobre ruedas. Los diestros elevarían sus honorarios, los ganaderos el precio de sus toros y los empresarios los de las localidades.

Y ocurrió lo que ustedes saben. Los empresarios, creyéndose como con una varita mágica en la mano si conseguían contratar a los ases a los precios que les pidieran, arrendaban Plazas y organizaban corridas por series, seguros del éxito. Los ases, atentos a la demanda que se hacía de sus nombres, creyéndose, no sin razón, los ejes del negocio taurino, pedían hasta la luna, y los ganaderos, pues, claro, no se quisieron quedar atrás; pero la cuerda se rompió por lo más flojo, por el lado del público, que cansado y agotado de pagar sus localidades a precios exageradísimos, comenzó a escasear en las Plazas, y al llegar el balance del año que tan feliz se presentaba para todos, la desilusión es evidente, salvo en algunos diestros, algunos empresarios y algunos ganaderos. Y al asomarnos al año que va a empezar, lo hacemos con desaliento y temerosos de que la fiesta sufra un rudísimo golpe.

Dicen algunos que no habrá tal golpe, que va a ocurrir todo lo contrario; que las aguas, pasado el temporal, volverán a su cauce. Será un año —aseguran— de menos corridas de toros y de más novilladas; los empresarios harán sondaje en el público por medio de sus taquillas, y cuando se convengan de que no está dispuesto a dejarse explotar, ellos se encargarán de poner freno a las ambiciones de diestros y ganaderos.

HACIA EL ABARATAMIENTO DE LA FIESTA NACIONAL

Los ganaderos del campo de Salamanca se muestran intransigentes

ESTE don Luis Alvarez, que, al tomar asiento a nuestro lado, deposita sobre la mesa su pitillera, una caja de fósforos, unas cuartillas y un lápiz para que nada le haga falta luego y no tener que interrumpir el hilo de la charla, es hombre de vivacidad asombrosa. Tres actividades ocupan, según él, sus horas del día y de la noche. Dice que es sastre de toreros, empresario y ganadero. Eso dice él; pero quienes le conocemos, sabemos que hace muchas cosas más. Alvarez está siempre activo. Podéis hablarle de lo que ce os antoje. El tomará el tema, os abrumará con sus elogios, y si por acaso pensáis otra cosa que la que él cree cierta, terminaréis por defender con entusiasmo sus puntos de vista.

Alvarez conoce el secreto de persuadir a fuerza de frases corteses.

Al principio, a nadie quiere llevar a su terreno. Parece que no intenta contradecir. Y a nadie lleva la contraria. Todos, menos él, tienen razón, y todos acaban por dársela. Conversar con acierto es un arte. Para Alvarez, la conversación es un arma tan efectiva como la bomba atómica.

Cuando le veo, hace unas horas que ha llegado de Andalucía. Fué a comprar toros. Y es él quien comienza la charla, sin darme tiempo a que yo formule preguntas.

Los ganaderos andaluces comprometen corridas, pero no dan precios todavía. Todos esperan la solución de un problema que sólo

los criadores de reses bravas conocen. Los compromisos se hacen ahora un tanto a ciegas y por ello únicamente dos empresarios, Pablo Martínez y Luis Alvarez, han adquirido ganado.

Cree Alvarez que en la próxima temporada se abaratarán los precios de las localidades, pues considera exagerados los cobrados en 1945. Todo lo que exceda de cincuenta pesetas el tendido de sombra y de veinte el de sol,



En la madrileñísima calle de Núñez de Arce tiene don' Luis Alvarez su despacho. Muchos asuntos; por consiguiente, mucha correspondencia y la necesidad de la ayuda de una mecanógrafa morena, que bien pudiera servir de modelo para pintar un cartel anunciador de la Fiesta nacional



La cara es el espejo del alma. Esta foto nos dice cuál es el estado de ánimo del popularísimo hombre de negocios taurinos. Cuando tan abiertamente se sonríe, pensando en el porvenir, es muy difícil errar el pronóstico

es insostenible en la mayoría de las Plazas provincianas. Si los ganaderos y matadores no tienen en cuenta esta realidad, sólo se darán corridas en ruedos de capitales muy importantes, lo que, en definitiva, determinaría una reducción grande en el número de festejos taurinos. Tras la reducción dicha, pensarían toreros y criadores si tal cosa convenía a sus intereses, y terminarían por hacer ellos mismos las reducciones necesarias. En sus conversaciones con los ganaderos andaluces,

Alvarez ha dicho todo esto. A Salamanca no ha ido. Considera que por aquellas tierras nada práctico se puede hacer por ahora, pues los ganaderos salmantinos, que han sido los más favorecidos durante los últimos años, son ahora los que se muestran más intransigentes.

Por otra parte, cree Alvarez que se pueden presentar las corridas con el peso reglamentario, a pesar de las dificultades actuales, que no son, ni mucho menos, insuperables. Buena prueba de que lo que dice es cierto es lo sucedido en la última corrida de Córdoba. La presencié y puede dar fe de que los dos últimos toros pesaron más de 284 kilos en canal. Y esto a mediados de diciembre. Además, los toros fueron muy bravos.

Y si esto lo ha podido conseguir un ganadero no asociado, ¿cómo no han de lograrlo los criadores



Mañana con sol. Muy cerca del domicilio de don Luis Alvarez, una plaza amplia, en la que los niños juegan y los viejos recuerdan. A otras horas, cuando la tarde muere, los enamorados platican en voz baja. Alvarez, a pleno sol, sueña con la próxima temporada

DON LUIS ALVAREZ CREE QUE SE REBAJARA EL PRECIO DE LAS LOCALIDADES



Tanto de alto cuanto de ancho... Alvarez ha dejado el despacho y ha pasado al taller. Es un magnífico sastre de toreros, lo que se dice un sastre caro para toreros caros. La obra bien hecha tiene siempre buen precio, y Alvarez, que sabe hacer buenos carteles, no sabe hacer malos trajes

acreditados que cobran por sus reses mucho más que el señor Guerrero Palacios?

Por lo que respecta a los toreros, hasta que no vuelvan a España las dos figuras que monopolizan la atención de los aficionados, nada se podrá decir concretamente sobre precios y condiciones. Antes había, por lo general, dos figuras con las que se podía contar o no para hacer carteles que interesasen a la afición. Ahora, no. Ahora hay que contratar a esas dos figuras, aunque haya

otras de tanto interés como Pepe Luis Vázquez, Luis Miguel Dominguín, Pepín Martín Vázquez, Rafael Llorente y El Choni, con los que en otros tiempos se hubieran confeccionado muchos carteles.

Alvarez se dedica, desde el año 1918, a negocios taurinos. Durante diez años tuvo y dirigió una Escuela taurina en la Ciudad Lineal. Desde entonces es empresario. El año pasado, asociado a Miguel Prieto, organizó corridas de toros en Badajoz, Cuenca y Villarrobledo, y novilladas y charlotadas en muchas Plazas de provincias. Alvarez, además, llevó por su cuenta el espectáculo «La pandereta española». Su sastrería para toreros es una de las más populares de España y tiene un establecimiento en el que se alquilan ropas y efectos de torear.

Hace pocos días llegó a un acuerdo con don Angél Llorente, tío

En ANDALUCIA se comprometen corridas, pero no se habla de precios

del matador de toros, Rafael, para formar una ganadería de reses bravas en Barajas. Alvarez ha censurado mucho a esos tratantes que venden por novillos de lidia, reses compradas en los mataderos, y como «el que tiene la lengua larga ha de tener la espalda dura», quiere demostrar que sus censuras estaban justificadas y que se puede proporcionar, a precio razonable, ganado de garantía.

Y este hombre, que ha sido profesor en una Escuela taurina y apoderado de toreros, y es hoy sastre y alquilador de ropa de torear, empresario y ganadero, asegura que bajarán los precios de las localidades o habrá corridas de toros en contadísimas Plazas.

No proseguimos la charla porque don Luis Alvarez ha de ultimar un asunto importante. Lo ultimaré y en las condiciones que le con-

vengan, aunque para ello tenga que confesar, al comienzo de la conversación, que está equivocado.

Y mientras vamos escarando abajo, las declaraciones de don Luis Alvarez —expresidente de una Escuela taurina, exapoderado de toreros y hoy sastre y alquilador de ropa de torear— van volviendo a nuestra memoria.

¿Es un optimista don Luis Alvarez? O por el contrario ¿estará en lo cierto?

Nosotros no queremos añadir por nuestra parte nada.

Damos la opinión de este hombre tan metido dentro de la fiesta nacional, tan entre la gente del toro, que necesariamente



Terminó la charla. «Usted es hombre de suerte, don Luis». La sonrisa del empresario, sastre y ganadero se ha trocado en franca carcajada, y después ha dicho: «Es posible, amigo. Pero quizá sea porque la busco sin descanso».

tiene que ser fundamentada y razonable. Por lo demás la temporada se ve ya cerca y ella será quien diga en definitiva la última palabra.

Mientras tanto otras voces autorizadas nos irán dando su opinión, y con ello iremos matando la espera y quemando los cartuchos que en pro del abaratamiento podemos quemar nosotros.

BARICO



En sus correrías por la ciudad, siempre, sin saber qué secreto impulso le empuja, va a parar a la calle de la Victoria, y siempre, también, sin saber por qué, se detiene un momento ante el último cartel, que, si bien se hizo viejo, tiene la virtud de hacer nacer esperanzas

ESTE simpático y elegante lidiador cordobés, aunque no llegó, por desgracia suya y del arte taurino, a tomar la alternativa de matador de toros, merece que se le recuerde con aplauso, no sólo por lo que sobresalía como peón y banderillero, sino por lo que prometían sus notables condiciones para la lidia de reses bravas. Nació en Córdoba el 29 de julio de 1868, y apenas fué adolescente, comenzó, como todos los muchachos ansiosos de gloria y provecho, toreando en el Matadero de Córdoba y asistiendo a capeas y becerradas en los pueblos de su provincia. Desde el primer día mostró cualidades excepcionales. Tenía la intuición del torero, y lo practicaba espontáneamente, con una figura, una gracia y una gallardía que resaltaban más porque iban acompañadas de un valor que no tenía peligros ni riesgos. Era, en suma, un pollastrón de águila, al que el porvenir le brindaba toda clase de triunfos.

En su afán de progresar, pudo conseguir tomar parte en Sevilla en una corrida de novillos, y la afición hispalense, que siempre ha mirado con prevención a los toreros cordobeses, le aplaudió con entusiasmo.

Su ilusión era presentarse en Madrid; pero no lo podía lograr, llegando su afán a tal extremo, que no vació en alistarse como peón en la cuadrilla de Dolores Sánchez (la Fragosa), cuando ésta sostenía empeñada la competencia con Martina García. Toreó en la Plaza del Puente de Vallecas al lado de aquella extraña figura femenina de la tauromaquia, y cautivó la atención del público por su valentía, donaire y elegante manera de manejar la capa y acometer y rematar la suerte de banderillas, no obstante ser el ganado de clase muy inferior.

El sueño de sus ambiciones era entrar en la cuadrilla del cañía Rafael Molina (Lagartijo), en la que figuraba el gran lidiador Rafael Guerra (Guerrita), próximo a tomar la alternativa; pero el personal de aquel equipo excedía en número a lo acostumbrado. Sin embargo, le permitieron trabajar en alguna corrida, y cumplió tan perfectamente y recogió tantos aplausos, que Lagartijo y Frascuelo, que aunque luchaban con apasionado denuedo en el redonde, mantenían la amistad personal, convinieron en que aquel mozo había que ponerle en la escena para que desarrollara sus brillantísimas condiciones. Y de aquellas conversaciones entre los dos colosos surgió el convenio de que el Bebe formara parte de la cuadrilla del célebre espada granadino.

Del regazo taurino de Lagartijo había salido Guerrita, como Minerva de la frente de Júpiter, y Salvador se propuso educar al novel banderillero para que fuera su continuador, como Guerra había de serlo de su rival. El horizonte que tenía delante Bebe no podía ser más prometedor y halagüeño.

El maestro y el discípulo se compenetraron rápidamente. El matador contrajo verdadero cariño por el banderillero, y éste, además de corresponder como era debido, sentía por él el mayor respeto y la más rendida admiración.

Atento a las lecciones y consejos que Frascuelo cuidaba darle de continuo, cada día se notaban sus adelantos. Como peón, intentaba todos los lances de capa, y lo mismo galeaba con la domosura y filigrana de la escuela sevillana, movida y retozona, que marcaba las verónicas a pie quieto con la austera severidad de la rondeña. Y cuando cogía los rehiletes, se adornaba con la gentileza más elegante, y llegaba a la cabeza de los toros, o los esperaba al cambio, con serenidad ejemplar por lo valerosa. Si a todo esto se añadía su figura gallarda, de ágiles movimientos y posturas graciosas y su complexión recia y varonil, no se podía dudar que pronto sería un astro de primera magnitud, con luz propia, en el arte taurino.

Yo tuve la fortuna de verle dos veces en aquellos días de su espléndido amanecer, sin poder sospechar que tan luminosas promesas había de malogradas un fin trágico y doloroso. Recuerdo bien que, al citar al quieto o al ir de frente hacia las reses, en el segundo tercio, se veía claramente que se esforzaba en imitar el incomparable estilo de Lagartijo. Frascuelo solía cederle algunos toros para que fuera adiestrándose en la suerte de matar, y, aunque no tuve la fortuna de verle, amigos míos muy inteligentes en la materia me aseguraron que iba camino de parecerse

TOREROS DE ANTAÑO

RAFAEL SANCHEZ, EL BEBE

POR NATALIO RIVAS, DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



Rafael Sánchez, Bebe, en su invalidez



Cogida del Bebe, según un grabado de Chaves



El Bebe, banderillero

a su maestro; pero aquella carrera triunfal tenía muy cerca no el desastre.

El día 5 de agosto de 1888 toreaban mano a mano Frascuelo y Guerrita, en una corrida del marqués del Saltillo, en Cartagena. Salvador no estaba aún bien curado de una herida sufrida en Barcelona, y durante la lidia del cuarto toro tuvo que retirarse a la enfermería. En el quinto, llamado "Cimbareto", el Bebe, desoso de dar mayor animación a la fiesta, intentó quebrarlo de rodillas. "La fiera —dijo Peña y Goñi en "La Lidia"—, que había sufrido ya algún puñazo, se quedó en la suerte y, sin dar tiempo al joven Sánchez, que vestía de azul y negro, para ponerse en salvo, le enganchó por la parte superior y anterior del muslo izquierdo, causándole una herida de bastante profundidad. En la enfermería de la Plaza logró contener la hemorragia mediante la compresión de la femoral, siendo trasladado después al Hospital de la Caridad, donde continuó esmeradamente asistido."

La ciencia fué impotente para evitar la gangrena, y se hizo indispensable amputarle la pierna para salvarle la herida. Cuentan que, al terminar la operación, exclamaba tristemente: "Ya me sobra la coleta." Desde el momento que en Madrid se supo el grave percance, nadie dudó de que la cogida había sido tremenda; así lo demostraba el telegrama que dirigió Frascuelo a sus amigos de la Corte, que decía, con la sobriedad propia de su carácter: "Bebe, cornada grande. —Salvador." Y como para el incomparable matador no había más cosas grandes que las mortales, nadie dudó que el infortunado banderillero moriría o quedaría inútil.

Para aliviar en algo la precaria situación en que quedó el desgraciado Rafael, Lagartijo y Frascuelo organizaron en Madrid una corrida en beneficio del mutilado, que tuvo lugar el 12 de noviembre del mismo año. Antes de comenzar la función, el beneficiado paseó en coche el redonde, llorando como un niño.

Transcurrió el tiempo, y en mis frecuentes estancias en Córdoba pasaba yo siempre algunas horas del día en el Club Guerrita en compañía de éste, con el que durante medio siglo me vinculó fraternal amistad. Allí concurría diariamente el Bebe, al que los años habían transformado. No era ni sombra de lo que fué. Aquel muchacho guapo, garboso, pleno de vida, ya era un hombre maduro, obeso, con su pierna postiza y sus gafas. Solía hablar con él siempre de toros, y aunque no exhalaba ninguna queja, reflejaba una profunda melancolía. Seguramente tenía fijadas en su pensamiento las seductoras perspectivas de aplausos, triunfos y riquezas que acarició su noble ambición, y que se convirtieron de repente en el más desconsolador infortunio.

Contaba solamente veinte años cuando quedó inútil, y ya, más que una esperanza, era una realidad en el arte taurino. De haber continuado su victoriosa carrera, habría sido digno competidor de Guerrita; y ambos, herederos de la gloria de sus respectivos maestros, la brillantísima pareja seguramente hubiera tenido poco que envidiar a sus predecesores.

¿Por qué se le llamó Bebe? No lo he visto consignado en ninguno de los libros de toros que he leído, ni nunca se me había ocurrido preguntarle, pero, afanosos de saberlo, un día le interrogué sobre ello. Me contestó en seguida con toda franqueza que el apodo lo heredó de su padre, al que llamaban así porque era muy bebedor, y los amigos, cuando se reunían con él, le decían con insistencia "bebe, bebe", y se quedó con el alias.

Durante los cuarenta años que sobrevivió a su desgracia, disfrutó algunos de relativa bienestar, siendo apoderado del famoso espada Rafael González (Machaquito); pero desde que éste se retiró, la vida de Bebe fué muy difícil económicamente.

Falleció en Córdoba el 19 de enero de 1928, a los sesenta años de edad.

UN ENSAYO DE BIOGRAFIA BELMONTIANA

Por DON INDALECIO



José María de Cossio, autor de «Los toros», donde hay una amplia, documentada y cariñosa biografía de Juan Belmonte

TENIA que ser. Las planas centrales de EL RUEDO lo exigían ya. Y esos estudios, a la manera de los amenos e interesantes de Martínez Gandía (Don Justo) y Felipe Sassone, acerca de Rafael el Gallo, Vicente Pastor y Joselito, no podían seguir ya otro camino que el que desembocase en la historia biográfica de Juan Belmonte, encomendada a la experta pluma de Francisco Narbona, con unos primeros capítulos que todos seguimos con interés, pues el acierto los preside, y un nuevo volumen de literatura belmontiana para el porvenir se adivina.

La literatura belmontiana... Hoy, al cabo de los años, cuando el protagonista de ella está alejado de las Plazas como profesional de a pie desde hace una decena de años, y en su vida particular gasta ya de los últimos meses de los cincuenta y tres de su edad, todavía, al saltar a los ruedos en los festivales benéficos, se le acoge con el mismo entusiasmo y simpatía de las temporadas de 1913 y siguientes, cuando fue erigido como patrón de Triana, se rodeó de intelectuales, los Miranda y los Cristóbal dieron movilidad a sus cinceles, y un Zuloaga y un Romero de Torres le dieron vida en sus lienzos, ¿Y los escritores? Del 1913 acá, ¿cuánta literatura belmontiana hizo «gemir las prensas», según la estereotipada frase periodística de antaño!

En ayuda de los bibliófilos, que, a lo mejor, y con razón, pueden decirme que saben más que yo de esta materia, brindo a los lectores, belmontistas o no, de este gran semanario, con las fichas de literatura belmon-

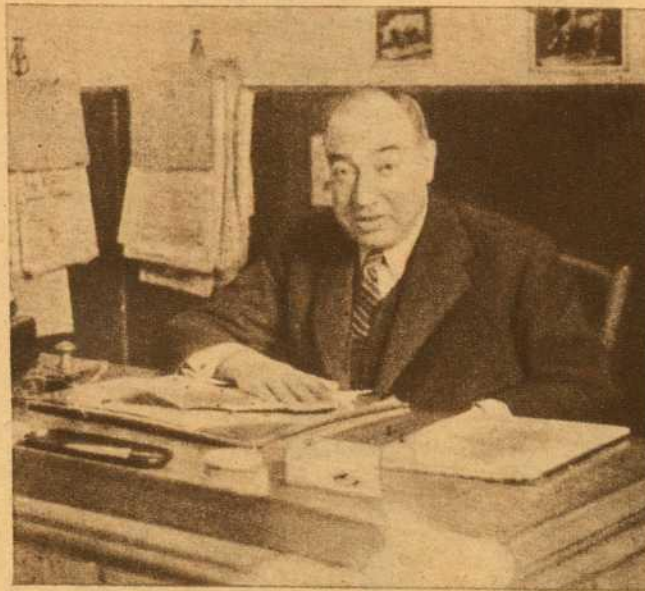
tiana, iniciada, a raíz del extraordinario triunfo novilleril de Juan en Madrid, en marzo de 1913, con un número extraordinario de «El Libro Popular», titulado «Belmonte el misterioso», original de Francisco Gómez Hidalgo, con dibujos de Ricardo Marín, y que, por el momento, se cierra con esta biografía de Francisco Narbona. Entre una y otra, mucha literatura baladí y de cordel; pero, en total, un fichero abundantísimo, el más extenso que se haya dedicado jamás a torero alguno. Por años será mejor discurrir la materia.

1913.—Además del citado número de «El Libro Popular», se publicaron: «La vida de Belmonte y algo más», en verso, original de Luis Esteso; «Los amores de Belmonte», por España; «Posada y Belmonte—El fracaso de los fenómenos», de Juan Brasa; «Joselito y Belmonte, ¿cuál de los dos?», de Eduardo Pagés, Don Verdades, y «La España trágica—Desde Pedro Romero hasta Belmonte», de Prudencio Iglesias Hermida.

1914.—Ya es Juan matador de toros, y, al serlo, surge la competencia noble, pero acalorada, entre sus partidarios, con José. Y la competencia se trasluce en la literatura del año. El Bachiller Garrocha, en la segunda edición de «Las corridas de toros en la actualidad», añade un juicio sobre Joselito y Belmonte; «El Sabio y el Fenómeno en la temporada de 1914», por El Bachiller González de Rivera y Triquitraque; «Belmonte, torero y trágico (El Fenómeno se confiesa con Corinto y Oro)», por Maximiliano Clavo; «Se fueron Bomba y Machaco.—Otra época del toreo», por Corinto y Oro, igualmente, dedicado a las bienandanzas que se esperan con la aparición de Juan; un folleto de la serie «Los reyes del toreo», con la biografía de Juan Belmonte, por Uno al sesgo. Este folleto tiene una segunda edición en 1915 y dos más en la serie «Los ases del toreo», aparecidos en 1920 y 1922. «Belmonte y la crítica.—Cuatro verdades fenomenales», edición de la conferencia dada por Enrique Bchorquez Menda, en el Club Belmonte, de Valencia.

1915.—«Catecismo belmontista», de Antonio Noguera; «Joselito, Belmonte, Guerrita y Reverte», por Eduardo Pagés, Don Verdades; «El secreto de Belmonte», de Victorio de Anasagasti, El doctor Anás; «¡¡Belmonte!!», de Enrique Minguet, Pensamientos; «Los dos colosos», por Menda, y «Vida taurómaca de Juan Belmonte», de Francisco Gómez Hidalgo, que vino a ser una segunda edición ampliada de su «Belmonte, el misterioso».

1918. «Belmonte en 1917», por José Fernández Coello de



Eduardo Pagés, empresario que en alguna ocasión cogió la pluma, también escribió sobre el trianero

Portugal, y «Belmonte y sus grandes temporadas—1917», de A. Soto, de Sevilla.

1919.—«Belmonte (1919)», por Antonio y José Fernández Coello de Portugal.

1920.—«Juan Belmonte», por Curro Algaba (de la serie «Los grandes toreros»), y en Lima, «Belmonte, el trágico», de Abraham Valdelomar.

1925.—«Juan Belmonte García.—El coloso de la emoción», de Adolfo Sánchez Carrere. (De la serie «Los triunfadores del ruedo», de Barcelona.)

1927.—«Aspectos de Juan Belmonte», del crítico taurino donostiarra José Cortabarría.

1928.—«Belmonte vuelve», por Santiago Ibero, y un libro abundante en páginas, datos y grabados, de Antonio de la Villa, titulado, sencillamente, «Belmonte».

1930.—«La última estocada de Belmonte», de Clemente Cruzado; en el libro «Spagne», de Raffaele Calzini, editado en Milán, figura un capítulo titulado «Vita e trasfigurazione dell'espada Jam Belmonte».

1932.—Belmonte prologa un libro del crítico sevillano Don Criterio, «Treinta años de crítica taurina en El Liberal de Sevilla», en cuyo libro, realmente, consta toda la historia belmontiana en sus comienzos y en sus grandes triunfos de la Feria.

1934.—Un buen salto: a Nueva York, Henry Barlein publica un extenso libro bajo el título de «Belmonte the matador».

1935.—Primero, en las páginas de la revista *Estampa*; en libro, después, Chaves Nogales, en forma de memorias narradas por el propio torero, publica su «Juan Belmonte».

1944.—«De Joselito-Belmonte a Manolete-Pepe Luis», por Julio de Urrutia.

Sin que conste el año de publicación, recogidos en el fichero, existen estos otros títulos: «Juan Belmonte García»—serie «Los reyes del toreo»—, por El Tío Mireje; «Gallito y Belmonte»—Apuntes para la historia de estos dos lidiadores—, por Francisco Tijeretas Gómez; «Juan Belmonte—Transformador del toreo», de José Antonio Caballero; «Belmonte, el único», por Rojo Oro; «Belmonte, el torero trágico», de Ezequiel Endérez; «Belmonte tiene miedo...», por Celeste y Plata, y «¡Belmonte se va a casar! ¿Quién es ella?», por A. Oliver, El Duende de la Noche.

Sin ser exclusivamente libros o folletos belmontianos, ¿quién prescindiría, al estudiar la figura de Juan, del «Libro de los toreros», de El Caballero Audaz; del titulado «Lo que confiesan los toreros», de López Píñillos, Parmeno; de «Grandezas y miserias del toreo», por Clarito; ni mucho menos de «La historia de los matadores de toros», de Don Ventura, o del tomo tercero de «Los toreros», esto es, del de Cossio, con una amplia, documentada y cariñosa biografía de Juan? Imposible. Como imposible—de hacer un fichero con todos los artículos que en la Prensa taurina y en la no profesional se le dedicaron—sería olvidarse de cierto maravilloso artículo de Mariano de Cavia, en esta ocasión Sobaquillo, publicado en 1914 en *La Lidia*—editorial *Nuevo Mundo*—titulado «Lo de fuera y lo de dentro», quizá el mejor que se dedicara al corazón valeroso del torero y a su fealdad transfigurada junto al toro.

¿Agotado el tema? ¡No y no! Juan Belmonte es inagotable. Entre las competentes manos de Francisco Narbona, ahora ya verán ustedes cómo sale de ellas un estudio biográfico- anecdótico que no se parecerá a los anteriores. La figura de Juan Belmonte, mole ingente de la fiesta de toros, a cuyo apellido añaden algunos un absurdo «padre», rodeado por los intelectuales, captado por todos los caricaturistas, acogido por pintores y escultores para sus esculturas y sus cuadros, pudo salir hasta tres veces de la paleta de Zuloaga—a secas, Zuloaga, con su apellido basta— y en todas ellas salir un Juan Belmonte siempre el mismo, pero siempre nuevo.



Don Criterio, crítico sevillano, otro de los autores que llenó cuartillas con las hazañas de Belmonte

EL doctor X —igual podría llamarse Mascarell que Segovia, que Guinea— asiste a la corrida en localidad inmediata a la puerta que conduce a la que fué mal llamada enfermería, hoy moderno quirófano que nada tiene que envidiar a los de un hospital. En su rostro, lleno de viva inteligencia, se refleja como en un espejo la emoción titubeante del momento inseguro. Su amigo y cliente, el espada N —lo mismo podría llamarse Ortega que Bienvenida, que otro cualquiera—, acaba de brindarle un toro con palabras que parecen una recomendación velada. Dicho su brindis, el torero arroja de sí la montera en un semicírculo rápido y se dirige al toro, plegada la muleta con la espada. El animal es un toro de sentido que gazapea y escarba la arena con una pezuña que parece meditar... El momento es premioso y la expectación malévolamente. Entre siseos se oye a un salvaje que dice:

—¡A ver si te arrimas, ventajista!

Y a otro que clama:

—¡Que ya son muchos miles los que te llevas!

El doctor reprime un mohín de asco. Sabe que su amigo tiene un grave resentimiento con el público; conoce su amor propio, no ignora su ciega bravura y teme por su vida. En efecto, el espada sale decidido a que le *toquen las palmas* por encima de todo. Aquí el torero incurre en el grave pecado de la obstinación; mas como entre el propósito y el logro suele terciar su cara impávida lo imposible, he aquí que el desventurado lidiador es enganchado por el vientre cuando intenta herir y corneado en el suelo con el espantable ensañamiento del animal burlado que al fin encuentra carne. Un grito unánime pone en pie a la muchedumbre. El doctor, nublado el pensamiento, se abre paso a empellones hasta el lugar donde le aguarda su deber humano. El gladiador caído es llevado en volandas a la enfermería. Salpicaduras de su sangre respuntean su paso sobre la arena. Los mismos que antes le denostaran miran al pasar el *ricтус* trágico de su rostro con una consternación un tanto fisgona y femenina... Otro toro en el ruedo hace olvidar todo esto.

* *

Ya estamos en el quirófano. El quirófano es el contraste que va del bullicio a la calma, del impulso a la reflexión, de la orgía al recogimiento, de la luz a la sombra... El ruedo, sol y sangre, es rojo hasta en el ruido; el quirófano, ciencia y humanidad, es blanco hasta en el silencio... Guardias, curiosos, picadores y banderilleros quedan detenidos ante la clausura hermética de la estancia con la perplejidad de la incertidumbre en las caras atónitas. Dentro del quirófano se extingue la estridencia de un clarín agudo, como el canto del gallo al rayar el día. Puede la fiesta continuar...

Traen al torero exánime; le desnudan como por manos de hadas y le colocan sobre la mesa de operaciones. Rápidamente, lo limpian, con tiento exquisito, de arena, polvo y coágulos. El tra-

A PUNTA DE CAPOTE

¡Mascarell, Mascarell!...



ARCAS GRUBER, S. A. - BILBAO

ANTES DE COMPRAR
UN ARCA PIDA
CATALOGO A LA
FABRICA MAS
IMPORTANTE DEL
RAMO.

Secursal en Madrid:
Ferrer, n.º 8

je de luces, cuyos caireles de oro brillaron al sol como pupilas de fuego, destellan ahora, aquí abandonados, fugaces argenteos de luna como perlas en la sombra... Este vestido luminoso es la única nota de color que subsiste donde reina la blancura impecable. Lo blanco, síntesis de todo color, es el velo de la virgen y la blusa esterilizada de la ciencia.

Sobre una mesa que blanquea en paños esterilizados rebrillan, en rayas metálicas, pinzas, bisturíes, tijeras, portaguas, separadores, aspiradores eléctricos y cajas especiales con material de sutura. Todo está previsto, todo está dispuesto en la magia de unos instantes inverosímiles. El doctor X se nos aparece como un albo fantasma con su mascarilla de gasa y sus guantes de goma. Le rodean su ayudante de mano, el anestesista y el encargado del material, cada uno en su puesto. Sus órdenes son breves, secas. El paciente, ya anestesiado, respira con estertor violento bajo la tela que por entero le cubre. Una abertura en el centro de la sábana deja ver la roja y tremenda herida. El doctor, inclinado sobre ella, la explora, la estudia... Sus manos, al interponerse en la luz fantasmal, ligeramente verdosa, que proyecta un gran aparato blanco sobre el campo operatorio, nos produce un efecto singular... Es una luz que excluye la sombra.

Con respeto no exento de unción religiosa, asiste nuestra curiosidad a la cruenta operación. La herida terrible destroza los centros vitales del torero, descubre el peritoneo y perfora el intestino. Nuestros ojos profanos advierten algo así como una forma rosada, nacarada, parecida a un acerico de agujas titilantes destinadas a ocluir los diminutos surtidores de coral que brincan de las arterias rotas. El pulso del operador es una maravilla de fina exactitud. Una vida se escapa en el equilibrio de un cabello próximo a romperse, y otra vida —la del médico— la persigue en el cabello mismo y procura retenerla en la lucha sagrada de la ciencia con la muerte. El operador, concentrado, absorto, rígido, es todo neurona cerebral hasta en la punta del bisturí. Es el instante en que el hombre se parece más a su Creador.

Con la última delicadísima sutura acaba el doctor X su bella obra. El parte pesimista conmueve a toda España, y, sin embargo, toda España sabe, dos semanas más tarde, que el torero N ha escapado de la muerte *gracias a su robusta complexión*.

¡Labor admirable la de estos hombres, jamás valorada ni agradecida como se debe! Ellos han creado esta ciencia específica tan española de las heridas por asta de toro. Y esta creación, que la ciencia médica universal reconoce y admira, ha salvado y salvará a los lidiadores que por divertirnos dan su vida en espectáculo. El héroe brillante no eclipsa al héroe oscuro. Y, sin embargo, el héroe oscuro es el ángel guardián de los toreros en trance de morir. Recuerde quien lo dude la elocuencia trágica de las últimas palabras de Josecito en Talavera...

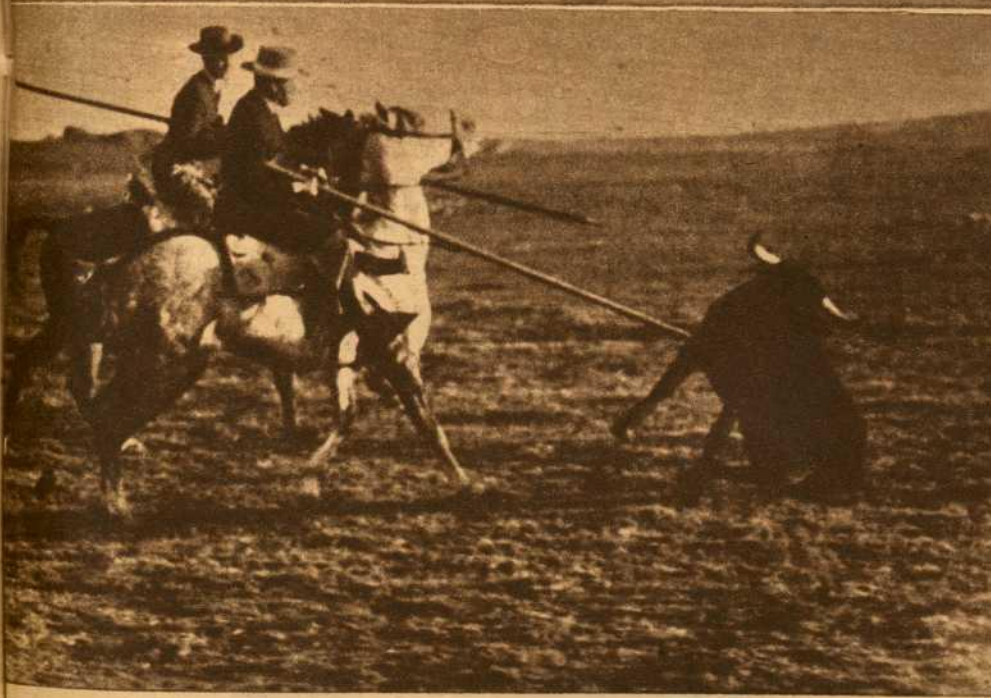
—¡Mascarell, Mascarell!

FEDERICO OLIVER



Tres fotografías hechas en la finca del duque de Pinohermoso, durante las faenas de tiente que allí se verificaron

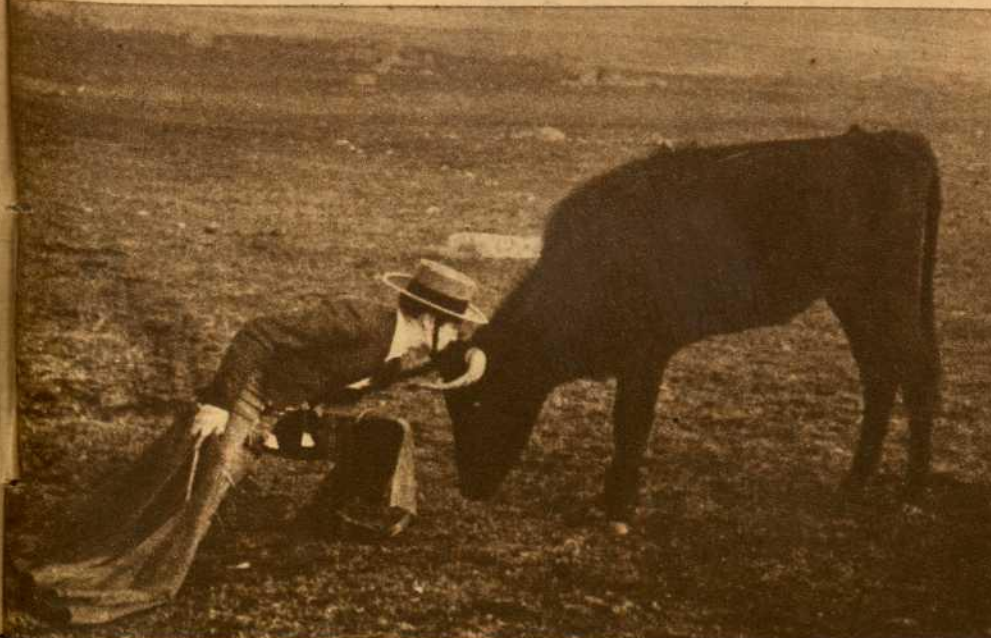
TIENTA A CAMPO LIBRE EN LA FINCA DE PINOHERMOSO



Momento de ser derribada una becerria por el duque de Pinohermoso.— Abajo: Luis Miguel, después de torear de muleta, se adorna



El duque de Pinohermoso en un adorno después de unos pases de muleta.— Abajo: Luis Miguel en un desplante con una becerria.— (Fotos Marí)



...Y ES DE RONDA

AVATARES EN LA INICIACION TAURINA DEL NIÑO DE LA PALMA

UN DESEO CUMPLIDO DEL MUCHACHITO DEL CAFE ALHAMBRA, DE LA LINEA



Cayetano Ordóñez, Niño de la Palma, en su mejor época de matador de toros.

Años ha que el sol se puso en las barras de la vida triunfal del Niño de la Palma. Atrás quedaron las tardes apoteósicas, los halagos de las muchedumbres, la fugacidad de las horas radiantes... Henos ahora ante un Cayetano Ordóñez más desnudo de vanidad que nunca, arrebuñado en la sombra de sus recuerdos, haciendo chascar de vez en cuando los cristales de la expectación...

A buen seguro, él hubiera querido evitar ésta su vergonzante decadencia de ahora. Percatado de lo imposible, cuando menos intenta quitarle un indolente sestear y se nos marcha, siempre en su papel de maestro, a dar lecciones de tauromaquia por tierras lisboetas.

El que ayer supo inmortalizar un personísimo estilo de torear, hoy nos muestra la

prestancia elegante de una actitud suavemente resignada. Sin que por ello consiga evitar que la emoción le haga sentir un nudo en la garganta al recordarle las heroicas jornadas por la conquista de un nombre.

Y esta época, que a no estar sazonada por una insobornable juventud, bien mereciera adjetivarse de dura y triste, es la que muy a la ligera vamos a evocar.

1904. Ronda. Nace Cayetano Ordóñez Aguilera. En sus primeros años nada hace sospechar su futuro gran papel en el toreo. En su tronco genealógico no se hallan antecedentes taurinos. El padre regenta una zapatería y el nombre del establecimiento es asimilado, andando el tiempo, por el hijo del encargado.

Pero el negocio se va al garete y la familia tiene que trasladarse a La Línea. Cuenta Cayetano trece años. Es amable, gracioso y ya apunta una fina sensibilidad. Es el orgullo de la casa, donde si no sobra precisamente el dinero ni los apuros escasean, abundan las esperanzas y no es extraña la alegría.

Es entonces cuando el muchacho empieza a concebir fantásticos proyectos. Quiere ser, nada más, ni nada menos, fenómeno de la torería.

¡Torero! Angustia y gozo, dolor y risa de cada día, mano tendida hacia la cumbre, espíritu en acecho, anhelo, ansia, congoja, camino sin alto ni reposo y por encima de todo la vida consagrada a una actividad artísticamente bravía...

Y la vida del muchachito empieza a hacerse más amarga y dolorosa que nunca. Sucesivamente pasa por los oficios de panadero, ayudante de cocina y mozo en un cafetín.

El Café de la Alhambra es típica propiedad de un hercúleo montañés. Toreaba Juan una tarde en La Línea y se hallaba la víspera tomando café rodeado de un nutrido grupo de amigos. Frente a él, le contemplaba sin pestañear un muchachuelo con el mandil puesto. Pasado un buen rato, Belmonte hubo de reparar en el pequeño mirón; y un tanto intrigado, se le ocurrió preguntarle:

—¿Qué hay, hombre? ¿No me has visto ya bien?

—Sí, señor —le contestó el mozaibete—; pero es que como soy aficionado, estaba pensando que usted podría ser el padrino de mi alternativa.

Rieron todos de buena gana la audacia y nadie dió importancia alguna a la inconcebible petición.

Pero a los tres años justos fué el mocito a saludar a Belmonte para decirle:

—¿Se acuerda, maestro, de cierto muchachito del Café de la Alhambra, de La Línea? Pues aquí le tiene usted convertido en el Niño de la Palma, a quien esta tarde le acaba de dar usted la alternativa.

Para que pueda sonreír victorioso, hubo antes que continuar sufriendo la odisea de los torerillos en agraz.

En Ceuta se había construído una Plaza de madera. En ella se llegaron a dar varias corridas sin caballos. Existía la costumbre de probar los toros antes de la

corrida, porque el ganado morucho, aun no siendo bravo, suele embestir algunas veces. Un chavalillo —Cayetano— era el encargado de la prueba, que tan sólo consistía en esperar en el centro de la Plaza a que se abriera el toril, llamar la atención del toro con el capote y salir corriendo hacia la barrera.

Se enteró El Jerezano —el empresario— que por las noches saltaba los corrales el Niño para torear y con el deseo de ayudarlo, una buena tarde le sacó de sobresaliente en una corrida en la que torearían dos aficionados: un fotógrafo y un barbero. Ambos dieron tan mala cuenta de su cometido que la presidencia autorizó al sobresaliente para despachar los novillos. Con tanto acierto se comportó el novel torero que lo sacaron en hombros y le proporcionaron otra corrida pocos días después.

Desde ese momento, el Niño de la Palma camina con derecho, avanzando con la satisfacción de saber que antes muy pocos han pisado con paso tan firme y seguro.

Su toreo tiene ya atisbos de lo que luego será reputado de concepción genial, de brújula con la que se apunta a todos los nortes de los treinta y dos caminos de la rosa.

Torea un Corpus Christi en San Fernando. Arma un gran clamoreo y se embolsa los primeros dineros del toreo: cinco duros. A la corrida siguiente le pagan setenta. El 5 de octubre de 1923 le anuncian en la Maestranza de Sevilla. Desde el primer lance se mete al público en el bolsillo. Hasta la Campana lo llevan a hombros, tras de haberle concedido las dos orejas y el rabo.

En cuantas corridas interviene deja la huella de su inimitable estilo. Hasta el 11 de junio de 1925 suma veintiuna novilladas y entonces decide tomar la alternativa en Sevilla, de manos del trianero. Juan hacía aquella tarde la reaparición ante sus paisanos. Sin embargo, el triunfo de Cayetano sobrepasó en mucho a la expectación levantada. Y así camina con breves intervalos hasta 1942, en cuyo verano mata su último toro.

Del Niño de la Palma pudiera hacerse un día una biografía breve semejante a ésta: nació tal día del año y en tal parte; entró en la vida por la puerta de la penuria y de la adversidad; se encontró a sí mismo por las rutas de la tauromaquia y consiguió superarse; y enamorado de veras con su profesión, sin empaques ni desplantes, vivió en torero hasta el fin de su existencia.

F. MENDO

Muy antiguo
y muy moderno...
Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



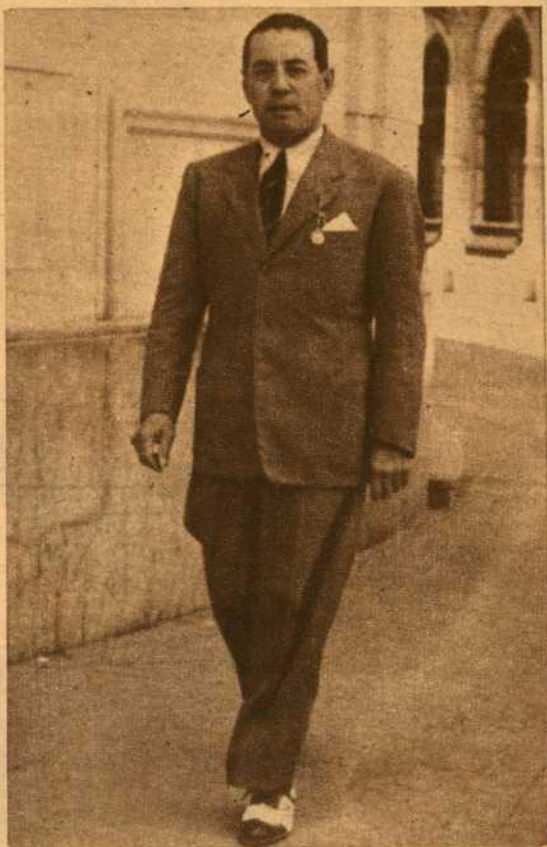
VALDESPINO
JEREZ



Una reciente fotografía del Niño de la Palma, en esta otra época de banderillero

TOREROS EMOCIONANTES

Diecisiete cornadas graves en la vida torera de GALLITO DE ZAFRA



Angel Navas, Gallito de Zafra, en la actualidad

ESTE torero —Angel Navas, Gallito de Zafra— cantaba al vestirse de luces. ¿Qué encerraban aquellas pequeñas cancioncillas alusivas a su tierra extremeña, a su profesión o a sus recuerdos? Encerraban ese difícil milagro: el valor. Angel Navas fue, medularmente, un torero valiente, temerario, sin que esta temeridad deshiciera la gracia agreste su sus largas cambiadas, de rodillas, o la rectitud de los estoconazos con que derrumbaba cuantos toros le salían.

Gallito de Zafra ocupó un destacado puesto entre los matadores de aquella época que aún recordamos muchos de los que somos todavía aficionados jóvenes. Los nombres de Chicuelo, Márquez, Fuentes Bejarano, Niño de la Palma, Gitanillo de Triana llenaban los carteles de aquel tiempo, y entre ellos, Gallito de Zafra ponía siempre el latido de emoción seca, vibrante, que arrebatava a los públicos...

Y los arrebatava. Angel Navas toreaba —allá por el año 1925— en la Plaza de San Sebastián. Por primera vez había sonado la música en honor de un torero. Fue en el sexto toro. Desde las primeras lantgas la gente vitoreaba al extremeño. Al entrar a matar, el toro le picó por una pierna, y le campaneó sangrientamente. Y entonces el público —¿ocurre esto con frecuencia?— se amotinó en la puerta de la enfermería, pidiendo a gritos que le enseñaran el cuerpo del torero, porque había corrido la voz de que había muerto. Cuando los médicos, ultimadas las curas de urgencia, mostraron al lidiador, milagrosamente vivo, se aplacó el público.

Diecisiete cornadas graves tiene clavadas Gallito de Zafra —como un tatuaje con la muerte— sobre su vida dramática llena de emoción. Entre estas cogidas fueron las más impresionantes... Pero dejemos que sea el propio torero quien lo cuente.

—El Domingo de Resurrección del año 1924 me cogió un toro de Pablo Romero que se llamaba "Morero". Cuando entré en la enfermería me administraron la Extremaunción. Don Francisco Mesamones, el médico, no contaba con que pudiera salvarme. De pronto, me saltó un caño de sangre del pecho al quitármeme la ropa, y el médico, con alguna esperanza, empezó la cura... y aquí me tiene usted —exclamaba sonriente Angel Navas—. Me extrajo un pulmón, lo curó, y perdí dos costillas. La cornada tenía 12 centímetros.

Gallito tomó la alternativa en Mérida el año 1925. Se la dio Facundades, y fue t'sigo Márquez, el Belmonte rubio.

El único miedo lo he pasado fuera de la Plaza, nos dijo Angel Navas

—¿Y de América?
Angel Navas fue seis temporadas consecutivas a tierras americanas. Gustaba mucho por allá su torero emocionante y gallardo. Por cierto que recuerda con melancolía el entusiasmo de los bogotanos con sus estoçadas. Cuenta que le gritaban: "¡Ole el gallino encima el tigre!" En Bogotá cortó Angel la primera oreja que se dió en aquella República.

—También tuve allí una cornada de caballo. Fue en el cuello. También me dieron la Extremaunción, ¡La he recibido cuatro veces! ¡Figúrese usted la clase de milagro que supone el que yo pueda contarle ahora todo esto a EL RUEDO!

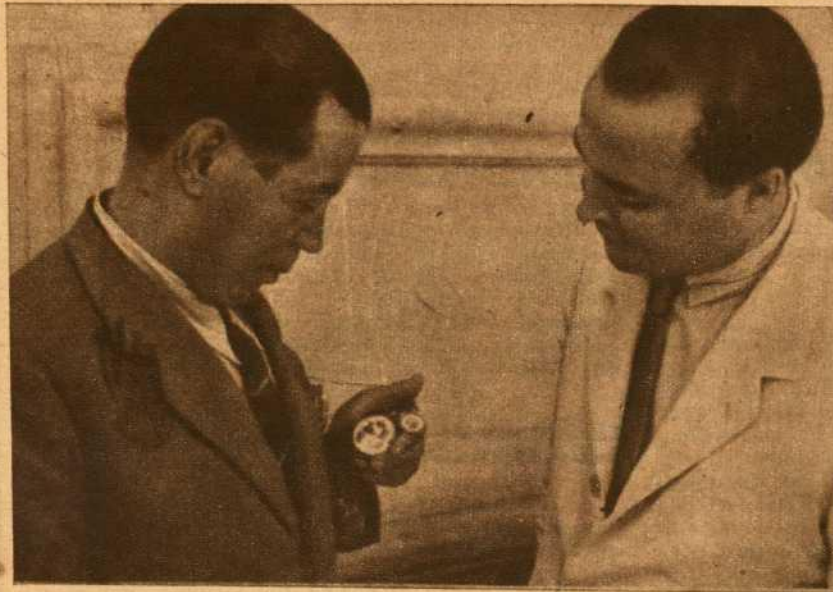
De pronto, Gallito de Zafra nos dice:

—A mí me ha cogido también un espectador.

—¿Cómo?

—Un espectador, y esta es la cornada con menos "ánge" que yo tengo. Toreaba yo con la muleta en una corrida el año 1920 en Castellón. Alternaba con Correa Montes y Joselito de Málaga. En mi primero corté las orejas y el rabo. Eran toros —muy buenos, por cierto— de don Manuel González Hoy, entonces de Contreras. Me perfilé para entrar a matar junto a un burladero. En aquel instante, un espectador que estaba apoyado en la barrera se movió para ir de aquel sitio, y el toro le vió. Levantó la cabeza en el instante en que yo le entraba, y derrotó. Me dió una cornada en el costado derecho, también gravísima. Yo he tenido mala suerte. Yo no conozco ni el revolcón, ni el varetazo, ni el puntacillo. Yo no he tenido más que cornadas graves o de esas otras...

—¿De cuáles? —preguntamos al torero.



... Y este reloj me lo regaló el Presidente de Colombia...

—¿De esas de los óleos, vamos!
Hablamos ahora de la evolución de la fiesta. Para Gallito de Zafra el toro ha ganado muchísimo en su interpretación artística, en su técnica.

—Yo no dudo —explica— que ahora se pudieran torear aquellos toros de 1925. Pero creo que no sería posible hacerlo tan confiadamente, tan "por dentro". La casta y el poder han menguado, han menguado, ¿verdad? (Nosotros recordamos, aunque no hacemos demasiado uso del recuerdo, viejas láminas de "Sol y Sombra" y "La Lidia" con toros espeluznantes.)

—¿Sintió miedo alguna vez?

Angel Navas calla unos segundos. Como una escoldida vergüenza nos dice:

—Sí. Una vez he sentido un miedo horrible.

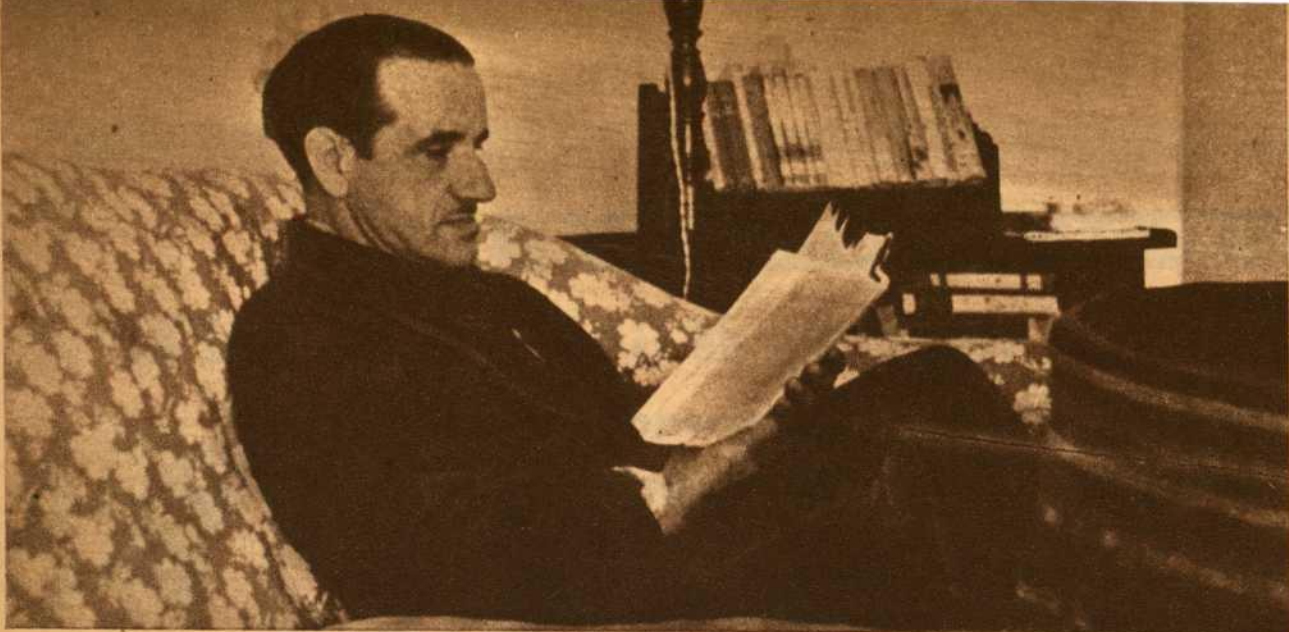
Y nos aclara minuciosamente este único pánico que ha sentido el valiente torero de Zafra a lo largo de su dilatada vida torera y con un haber de sangre tan expresivo como éste de sus 17 cornadas gravísimas.

—Fue en Mérida. Toreaban junto a mí aquella tarde Juan Belmonte, Sánchez Mejías y Ernesto Pastor. Yo tenía que ir a San Sebastián para torar en aquella Plaza al día siguiente. No había más combinación que un tren que salía casi a la hora en que debía acabar la corrida. Como yo mataba —porque era corrida mixta— dos novillos, quisieron torearlos antes que los toros. La Empresa se opuso. Cuando llegué a la Plaza, iba yo casi muerto, sin ánimo. Belmonte recuerdo que me dijo: "¿Qué te pasa, muchacho?" Él me contó lo que suponía para mí torar en San S bastión al día siguiente, y me animó: "Tú toreas el primero, y te vas." Y me iluminó. Así lo hice. Le hice al primero un faenón grande, le corté la oreja, y con mucho disimulo, me escabullí, y salté al cochete. Cuando me vi en el tren y me di cuenta de lo que había hecho, veía guardias civiles por el departamento, por los olivos, por el cielo... ¡Pasé un miedo que a nadie se lo deseo!

Este fue el pánico mayor que ha sentido Gallito de Zafra. Sobre el reloj que le regaló el Presidente de la República de Colombia —con zafiros y esmeraldas—, en la diminuta foto iluminada de un lance del torero grabado en la cimba dorada de la tapa, el tiempo señala una hora: las doce. Y dejamos la charla. También hemos vivido, evocándolo, el mediodía de una época donde el valor era, como la hora, puntual, preciso y sin sombras.

F. MONTERO GALVACHE





Juan Belmonte, en su finca de Gómez Cardeña, dedica sus horas a la lectura, una de sus aficiones favoritas

JUAN BELMONTE

Breve bosquejo de la vida de un hombre extraordinario y famoso

Qué impresión le produjo su rápida ascensión a idolo de las multitudes?

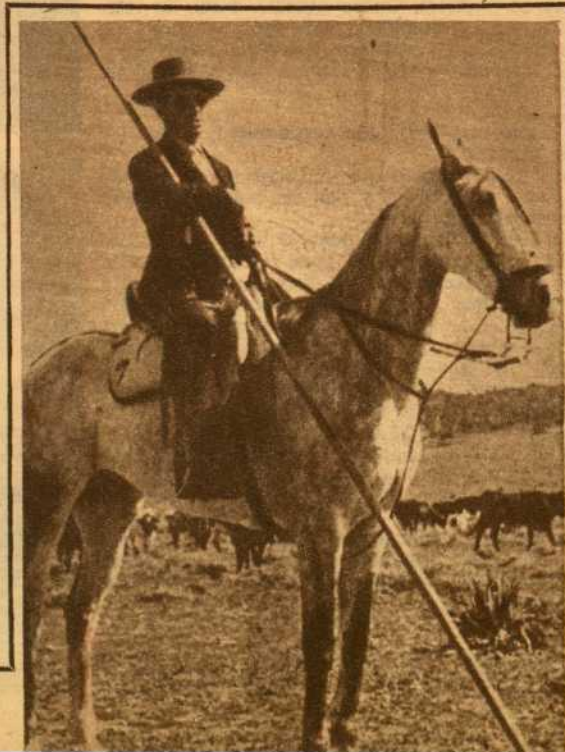
Juan Belmonte, que recorta su silueta, en negro, sobre la claridad del ventanal de «Gómez Cardeña», viene lentamente hacia la chimenea, donde los leños, en ascuas, invitan al diálogo íntimo.

—Al principio —nos dice Juan—, todo me pareció un sueño. Pero aquellos triunfos que me apartaban de las recientes amarguras y me empujaban hacia una vida nueva, cómoda y agradable, no me hicieron perder la razón. Mi vocación, a la vez que mi ánimo, se fortalecía. Por todas partes me salían al paso «viejos» amigos, a los que nunca había tratado... y ¡hay que ver las cosas que me decían! Algunos llegaron incluso a asegurarme que Bombita y Machaquito tenían decidido cortarse la coleta antes que medir sus fuerzas conmigo...

La entrada en Madrid

Aquella temporada de 1913 tuvo un principio trágico. El 9 de febrero, un toro cogió en Madrid a Andrés del Campo, Dominguín, y le produjo tan graves heridas, que al día siguiente murió el diestro. Pero este desgraciado percance no influyó lo más mínimo en Juan Belmonte, que, siete días después, se presentaba en Barcelona, al lado de Posadas, dispuesto a renovar los laureles del año anterior. Del éxito de Juan dicen bastante estos dos detalles: salió en hombros, y le ofrecieron un puesto en el cartel para otra novillada que había de celebrarse quince días después. Algunos periódicos catalanes protestaron del «espectáculo» que había dado el público barcelonés paseando por las calles a un torero... Pero la verdad es que nadie hizo caso a tales remilgos, y desde aquel día Juan Belmonte fué también el idolo de los buenos aficionados catalanes.

Y llegó el momento de la presentación en Madrid. Quienes guiaban a Juan decidieron que no había razón para mantenerle por más tiempo alejado del primer ruedo de España, y el futuro «fenómeno» se dispuso a complacer a sus amigos y admiradores. La llegada a la Villa y Corte del trianero tuvo dimensiones de acontecimiento para el mundillo taurino gracias a la información sensacionalista que en *Heraldo* publicó Abelardo Fernández Arias, más conocido por *El Duende de la Colegiata*. Por aquellos días, este sagaz periodista gozaba de gran popularidad, aunque no le faltaban, como es lógico, enemigos. *El Duende* subió al tren en que venían Belmonte y Posadas, en la estación de Villalba, y desde allí vino conversando con ambos



hasta la llegada a la capital. Según contó después en el *Heraldo*, Belmonte y Posadas venían quejándose del título de «fenómenos» que les obligaba cada tarde «a echar el resto».

—¿Se ha fijado usted en la palabrita?—decía Belmonte—. ¡Camará! Con esto de llamarnos fenómenos nos están fastidiando. ¡Claro, todos los días no se puede estar bien... Los toros..., el tiempo..., las cosas! ¡Que no se está siempre bien!

Después contaba *El Duende* que Belmonte, que apenas si conocía Madrid y que nunca había estado en la Plaza de Toros, quiso hacer su entrada en la capital «en el coche de San Fernando: un ratito a pie y otro andando». Por último —y para que todo resultase «más sensacional»—, el periodista llevó a Belmonte al teatro Romea, donde actuaba con gran éxito Pastora Imperio, recién separada del Gallo. *El Duende* presentó al torero, y hasta hizo que Juan se retratase al lado de Pastora. «Aquello» tenía un marcado matiz «antigallista»; pero, al fin y al cabo, era un modo de llamar la atención.

La crítica madrileña confirma la calidad de Juan Belmonte

Al día siguiente —25 de marzo— amaneció lloviendo, y la corrida se suspendió. Pero como nadie devolvió las entradas, la Empresa decidió celebrarla el viernes 26.

—Aquella tarde —nos ha dicho Juan— había que jugárselo todo, y yo me lo jugué. A fuerza de arremarme y de rozarme con los novillos conseguí el aplauso ferroxero y unánime del público. Por la noche entraba yo en los cafés de la calle de Alcalá y de la Puerta del Sol y la gente se ponía en pie, vitoreándose...

La Prensa, con rara unanimidad, confirmó la calidad de Juan Belmonte. El Barquero, entusiasmado, escribió lo siguiente: «La guapeza, la frescura y el arte de Belmonte son inenarrables.» Claridades, en *El Mundo*, afirmó: «Belmonte no hay más que uno. Este sí que es fenómeno.» Y lo dicho —dijo Corinto y Oro en *Nueva España*—, dicho está: ¡Belmonte es un torero enorme! Y Eduardo Muñoz aseguraba: «Lo que he visto en Belmonte me ha puesto el corazón en la boca. ¿Volverá a repetirlo?»

Lo que no pudo decir Don Modesto y lo que dijo después

Don Modesto, el popular revistero de *El Liberal*, no hacía las reseñas de las no-



villadas. Este menester lo cumplía Eduardo Rosón, Modesto, que la misma tarde de la corrida entró jadeante en el Lyon d'Or, donde Don Modesto acostumbraba celebrar sus partidas de tresillo con don Joaquín Dicenta, el aficionado granadino don Alfonso Ruiz y el ex matador de toros Enrique Vargas, Minuto, que por aquellos días quería probar fortuna como autor teatral y andaba siempre detrás de Don Modesto para que le ayudase en sus deseos. Modestito, apenas tomó aliento, se encará con su maestro, y exclamó: —Acabo de ver a Juan Belmonte. ¡Con razón le llaman fenómeno! ¡Es un monstruo ese chico!

—Para monstruo —le contestó sonriente Don Modesto—, este pelmazo de Dicenta... Nos lleva jugados cuatro solos, y para colmo, ahora nos ha largado una bola... Pero quince días después volvió a torear Belmonte en Ma-

drid, y Don Modesto, por si acaso, acudió, contra su costumbre, a la Plaza. Lo que escribió al día siguiente en su periódico sobra para juzgar la actuación de Belmonte:

«... Declaro y afirmo —dijo en aquella ocasión Don Modesto—, con la mano puesta sobre el corazón y la mirada en las alturas, como demandando la divina gracia para que se caiga la venda de los ojos, en el caso de estar equivocado, que como torea Juan Belmonte con capote y muleta, toreo fino, clásico, de oro puro, huérfano de tranquilas y martin-gallitas, toreo verdad, dando al enemigo todas las ventajas para dominarle a fuerza de inteligencia y de valor, no haré toreado nunca ni Lagartijo Chico, ni Lagartijo el Grande, ni Fuentes, ni Bomba, ni Espartero, ni Machaco, ni nadie. Pero ¿qué hace este hombre soberano que no hayan hecho Lagartijo, Guerrita, Bomba y los Gallos? Pues hace todo lo



Vista del caserío de Gómez Cardeña, propiedad de Juan Belmonte

(Fots. Arenas)

IV

A la conquista de Madrid.—Una entrevista periodística.—El elogio de la crítica madrileña.—"Don Modesto" y los intelectuales.—Un retrato para don Natalio Rivas. — Belmonte, matador de toros. — Rumbo a Nueva York

bueno que éstos hacían, pero mucho mejor todavía. Apretándose más con el enemigo, paseándosele cien veces por el pecho; llevando la cabeza del toro materialmente empapada en los vuelillos de la bandera, con los pies clavados en tierra; jugando únicamente los brazos; pero sin dar a los toros excesiva salida al dejarlos en su terreno. Porque Belmonte ejecuta el pase natural girando el cuerpo sobre los talones, mientras, recogido el bicho en la muleta, desdobra el brazo lento y elegantemente, como si la fiera fuese amarrada con un hilo irrompible al pie del engaño. Y todo ello con un dominio pleno, absoluto, de la suerte, practicado con tan singular frescura, que el corazón del espectador late con violencia, y a impulsos del entusiasmo parece que quiere salirse por la boca... Y según los elogios de Belmonte y de su toreo, para terminar así: «Belmonte es un fenómeno!»

Los intelectuales

A raíz de su triunfo en Madrid, comenzó Belmonte a frecuentar una tertulia de artistas que concurría al café de Fornos, y de la que formaban parte los escultores Sebastián Miranda y Julio Antonio, el pintor Romero de Torres y los escritores Enrique de Mesa, Pérez de Ayala y don Ramón del Valle-Inclán. Par aquellos años existía entre los intelectuales una fuerte opinión antitaurina. Había quien afirmaba que todos los desastres del pasado siglo eran fatal consecuencia de nuestra afición por la fiesta de toros. Eugenio Noel se distinguía en esta enemistad. Belmonte, con su arte revolucionario, acabó con los últimos reductos de tal opinión. Los intelectuales comenzaron interesándose por Belmonte, y acabaron entusiasmándose con la fiesta.

Un día se organizó un homenaje a Belmonte en el Retiro. Fué un éxito total, porque en torno al torero tomaron asiento Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Julio Antonio, Sebastián Miranda y otros ilustres escritores y artistas... En la convocatoria del banquete se decía que el toreo era una de las bellas artes. Y de paso se hacían audaces afirmaciones estéticas que Juan Belmonte no llegó a entender bien.

Una dedicatoria

Otro amigo de aquellos tiempos fué don Natalio Rivas. El ilustre escritor y político era —y es— un magnífico aficionado. Por eso no es extraño que tuviera interés en conocer al «fenómeno»... Un día en que formaban tertulia con don Natalio el ex mata-

dor de toros don Luis Mazzantini, Belmonte y otros amigos, sacó aquél de su copiosa biblioteca taurina una crónica de Sobaquillo, dedicada años atrás a Mazzantini. Don Luis, hombre muy pagado de su formación literaria, quiso probar las aptitudes de Juan, y le entregó la crónica, mientras le decía:

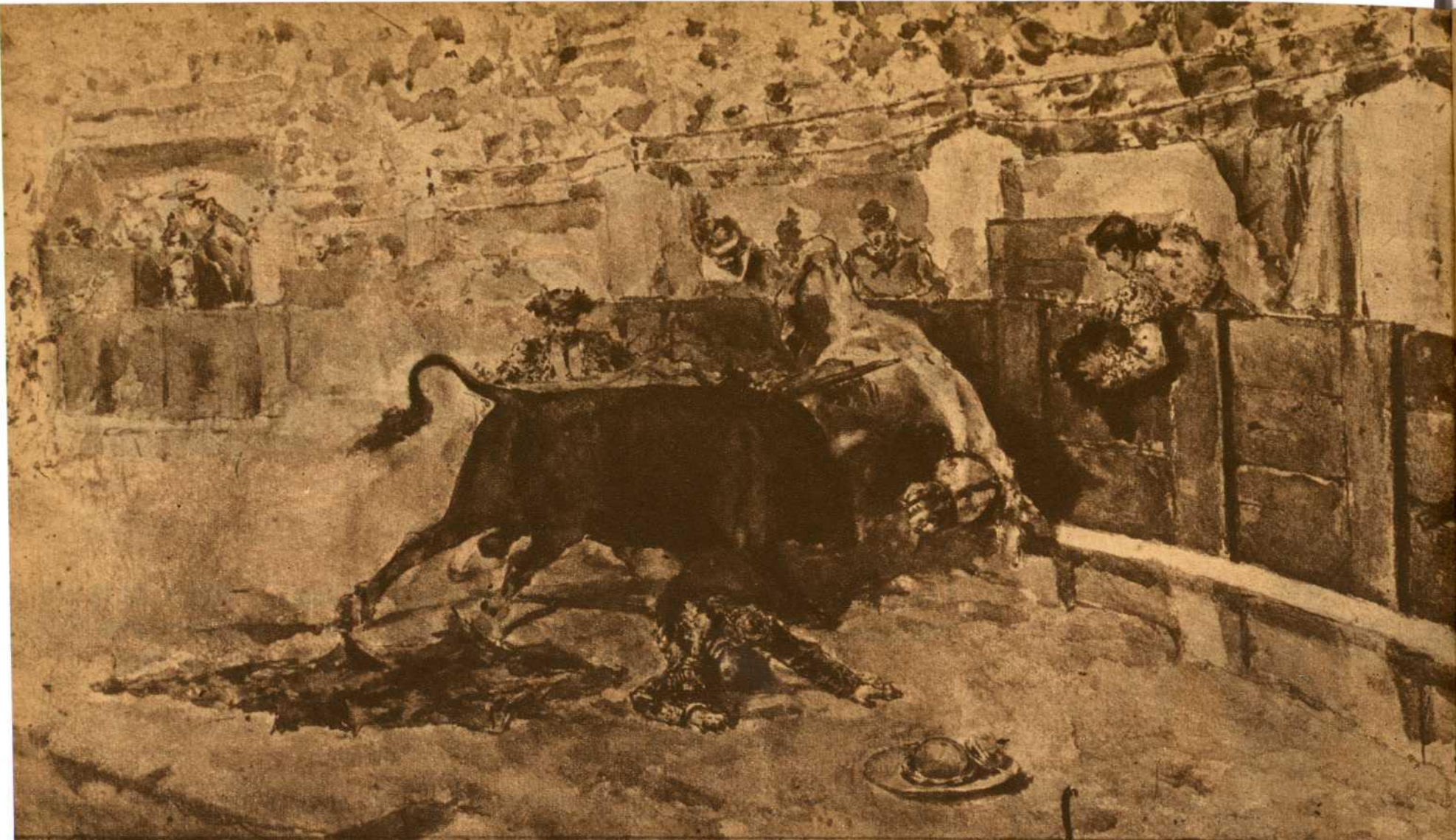
—Nadie como usted para leerla en voz alta. Belmonte leyó con entonación y sin tropezar una sola vez la revista de Sobaquillo, y dejó a todos convencidos de que leía perfectamente. Poco después, al requerirle don Natalio para que le dedicara un retrato, demostró también que era igualmente hábil en el manejo de la pluma. Porque sin detenerse a pensar, Juan puso al pie de su foto las siguientes líneas: «Para mi ilustre y querido amigo don Natalio Rivas, uno de los hombres más buenos, más cultos y más sinceros que tiene la política. Y que en su debilidad por la fiesta de los toros ha llegado a dispensar amistad al que hoy tiene mucho honor en dedicarle este retrato.»

La alternativa

Después de su segunda corrida en Madrid, Juan Belmonte tuvo que apartarse de los ruedos durante algún tiempo a causa de su precaria salud. Pero tan pronto como se repuso volvió a los toros con más ganas que nunca. Hacia octubre toreó diversas novilladas, y el 16, en Madrid, recibió la alternativa, de manos de Machaquito, siendo testigo Rafael el Gallo. Fué una corrida de emociones. Por los chicos salieron aquella tarde once toros. La gente se pasó la tarde protestando por el menguado tamaño de los toros; pero Belmonte salió adelante... Don Modesto, a pesar de que a la hora de matar, no estuvo el trianero a la altura de su fama, se volcó otra vez al juzgarle: «Yo confieso —decía el popularísimo Pepe Loma— que no me acuerdo de Lagartijo ni de Frascuelo cuando veo torear de capa a Belmonte.» La crónica terminaba así: «¿Quién ha toreado nunca mejor? Es lo mismo que se haga con un toro o un gato. Siempre será estupidamente admirable. Ya veremos si con toros de muchos pitones se puede hacer...»

Ya era Belmonte matador de toros. Y como de Méjico le habían ofrecido un buen contrato, hizo las maletas y, en unión de don Daniel Herrera y de un hijo de don Natalio Rivas, tomó el tren, camino de París y el Havre. Y allí embarcó en el trasatlántico alemán *Imperator*, con rumbo a Nueva York... FRANCISCO NARBONA





'Picador herido', otra de las magnificas acuarelas de don Mariano, realizada también en los años de su juventud, bajo el cielo de Italia, y cuando la nostalgia de su Patria lejana le saturaba de recuerdos

TANTAS veces como la profesión nos coloca en la tarea de comentar la obra artística de Mariano Benlliure, no podemos por menos de sentir cada vez más acusada y firme, más honda y sincera, la admiración hacia su infatigable labor, nacida, no ya en la maestría de su realización, sino en ese polifacetismo de su concepción plástica y de su misión provechosamente creadora. Porque el autor de la más moderna y bella *Tauromaquia* escultórica, que recoge con acierto inigualable todas las fases o momentos de la lidia es además un excelentísimo pintor. Un artista cien por cien, que maneja con igual soltura y dominio los palillos para modelar el barro como los pinceles creadores de las más bellas y acabadas obras pictóricas.

En Benlliure domina más que en ningún otro artista esa enervorizada inquietud creadora, y consecuente con su temperamento, deja que sus entusiasmos se plasmen de una manera eficiente y tangible, bien en la obra escultórica, bien en el lienzo de gran tamaño, para el que fueron precisas muchas horas de labor, en esos apuntes a vuelapluma, verdaderos bocetos precursores de una obra de mayor tamaño o envergadura, cuando no esas admirables acuarelas, muchas impresionistas de color, en las que don Mariano es tan hábil y tan conocedor de su técnica. Es interesante observar cómo su obra está repleta de motivos o asuntos taurinos. Tiene tan sólo Benlliure catorce años cuando, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1876, asombra al público y la crítica con su grupo *Cogida de un picador*, que lo destaca y define como excelente escultor. Y así pasando por *El garrochista* y el busto de Mazzantini, ha llegado a *La estocada de la tarde*, o *El coleo*, y

EL ARTE Y LOS TOROS

Las acuarelas taurinas de MARIANO BENLLIURE

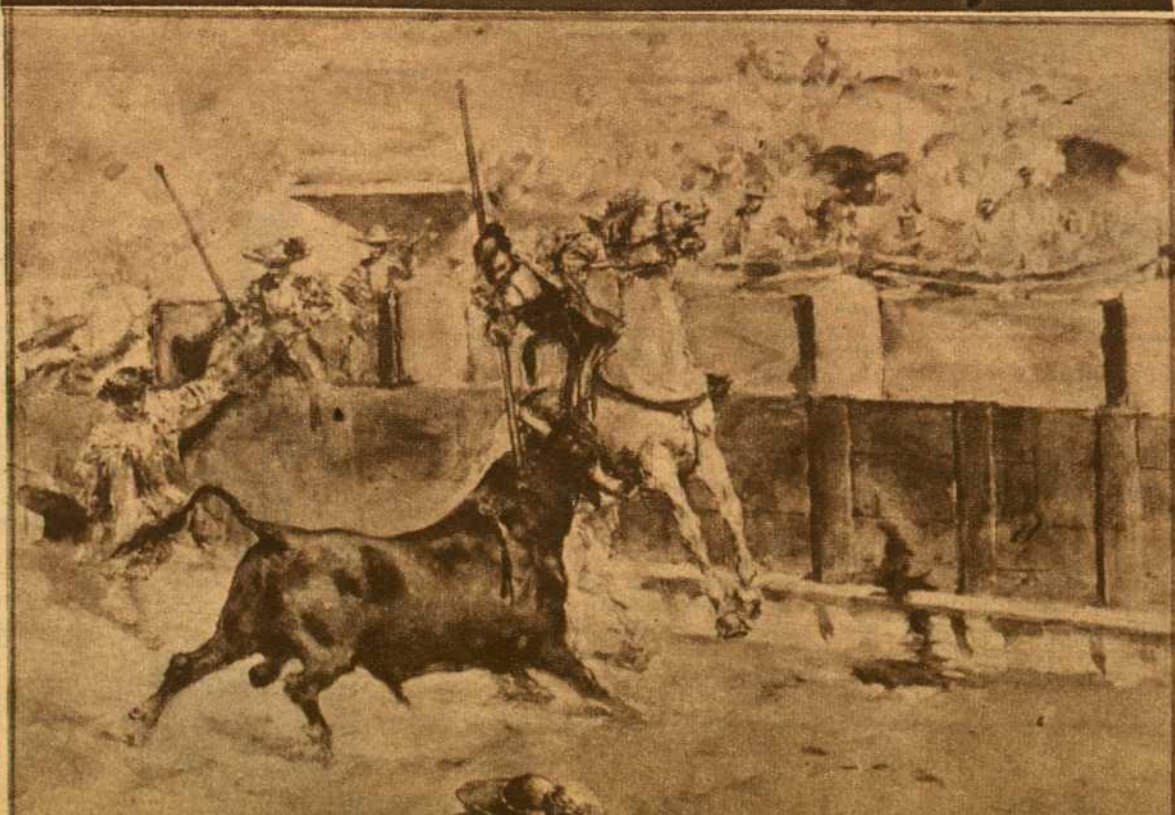
más concretamente, a la *Tauromaquia* antes citada, la producción escultórica de este gran artista valenciano está llena de motivos taurinos.

Respecto a la pintura, de la que también es maestro, podemos decir otro tanto. La dedicación de Benlliure al tema de los toros está bien demostrada. Se encuentra en Roma, y posteriormente en Grecia, donde estudia el clasicismo en la obra escultórica de la antigüedad, vive alejado de su Patria, que ha alentado y dado forma a sus entusiasmos, y la nostalgia le hace evocar su tierra lejana y querida, bien en tipos o escenas de su rincón huertano o bien en escenas taurinas que recogen o sintetizan todo el espíritu nacional que perdura y se aviva en su recuerdo con la estancia en el Extranjero.

Hace falta un gran dominio del dibujo, una gran rapidez en su realización, para acometer con éxito esta labor impresionista en la acuarela. Porque, de todas las manifestaciones artísticas, es quizá esta de la pintura con agua una de las más difíciles y comprometidas. Hay que establecer los contrastes, limitar —no sin cierta dificultad— las sombras, dibujar los contornos, dar claridad sobre y con el papel con el menor número de pinceladas. En esta, como en todas las tareas o manifestaciones artísticas a que se somete Benlliure, hay algo peculiar y personalísimo que la caracteriza y distingue. Las acuarelas de Benlliure, llenas de color y dinamismo, repletas de ciertos merceden nuestra detenida atención. Si admirable, magnífico y extraordinario es como escultor y hábil y meritorio con las oleosas pinturas que vertió y sigue vertiendo en la paleta, con la acuarela merece Benlliure, el gran decano de los artistas españoles, toda nuestra devoción admirativa.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

'Suerte de pica', acuarela de Benlliure, realizada en 1884, durante su estancia en Roma



A XAVIER DE ECHARRI

le parece Manolete un torero extraordinario; pero aborrece el manoletismo

Decepción de la corrida de la Prensa de este año y esperanza en la del próximo



ESTAMOS en el despacho de Xavier de Echarrri. En esta habitación se centralizan los resortes que ponen en marcha todos los días un periódico tan importante como *Arriba*. Ya la noche va al encuentro con la madrugada, y mientras la ciudad duerme, he aquí unos hombres que permanecen despiertos entregados a su labor de preparar el

alimento para ese monstruo de hierro que es la rotativa. Llega desde los sótanos el ruido del teclear monótono de las linotipias, que se confunde con el otro teclear de las máquinas de escribir en la sala de la Redacción. Ya el diario, que ha de salir dentro de muy pocas horas, está en marcha. Sólo queda la parte mecánica, y el director puede ahora charlar con el reportero, mientras atiende todavía a las postreras llamadas telefónicas y echa un vistazo a las galeras de última hora. Es la hora en que se puede hacer un poco de tertulia. Pero la charla de todas las noches sufre un pequeño retraso, el indispensable para que Xavier de Echarrri se someta a «las generales de la ley» previstas en el interrogatorio para EL RUEDO.

—¿Hace mucho que va usted a la Plaza?

—Ya hace, ya. Estudiaba yo el Bachillerato en El Escorial cuando fui por primera vez a la Plaza Vieja de Madrid, para lo cual hice el viaje correspondiente, llevado por mi padre. Vi a Juan Belmonte y no recuerdo a quién más, por lo que deduzco ahora que cuando fué Terremoto el que se me quedó grabado en el recuerdo, es porque su toreo fué más impresionante o mucho mejor que el de los demás.

—Serían los tiempos de la competencia con Joselito...

—No, no. Joselito ya había muerto, porque anteriormente había yo leído los periódicos que publicaban la tragedia de Talavera. De aquella corrida de Belmonte, aparte la actuación de este diestro, quedó en mi retina el cuadro de conjunto, con todo su colorido y su belleza.

—¿Le entusiasmó a usted?

—Yo soy un hombre más bien de temperamento tranquilo. Me entusiasmé, pero sin reacciones exteriores muy apreciables. Como espectador mantengo siempre una posición de seriedad:

Por mi carácter tiendo a excusar todos los defectos que se producen en el transcurso de la lidia. No estoy en contra de nada, como no sea en contra de la pasión excesiva que en muchas ocasiones se manifiesta en el público de toros. En resumen, soy, sí, un entusiasta de la fiesta, pero no un apasionado.

—Ese entusiasmo, ¿le ha llevado alguna vez a probar sus aptitudes taurómacas?

—En dos ocasiones, pero más bien que por mi entusiasmo, forzado por las circunstancias. La primera fué cuando yo era muy joven, en El Escorial. La otra tuvo lugar recientemente, en Navacerrada, la finca de Domingo Ortega, pocos días antes de que éste sufriera la cogida, cogida grave, de un becerro, que era poco más o menos como el que yo había toreado o, mejor dicho, intentado torear, ya que no acerté más que a poner el capote delante del animalito y correr sin poder quitármelo de encima. Allí comprendí lo difícil que es este arte que vemos cómodamente desde el tendido, y si hubiera tenido alguna tendencia a criticar a los diestros se me hubiera quitado en esa ocasión. Por cierto que estaban también Celestino Espinosa y Antonio Díaz Cañabate, es decir, dos grandes teóricos del toreo, aunque sin ninguna práctica, porque no hubo quien les hiciera abandonar su puesto de espectadores en toda la tarde.

—¿Hay algún torero del que sea usted partidario?

—Hay toreros que me interesan más que otros, pero sin que el arte de ninguno de ellos me produzca un «ismo», una admiración que excluya todas las demás, como es caso frecuente en muchos aficionados. No soy manoletista, pero si tuviera que decir cuál es la mejor faena que he presenciado tendría que referirme a la corrida de la Asociación de la Prensa del año pasado y a la actuación que Manolete tuvo en esa corrida.

—Pues ya que ha escogido usted la mejor tarde, hablemos ahora de la peor.

—La peor la pasé en la corrida de la Asociación de la Prensa también, correspondiente a este año. Fué una corrida desdichada, tanto por las cosas que la precedieron como por el ganado que se lidió. Yo pasé unas horas muy desagradables en la Plaza... Volviendo a los toreros, quizá yo me hubiera inclinado por Pepe Luis, si el muchacho de San Bernardo hubiera acabado de cuajar, si hubiera pasado de ese punto en que se encuentra ya detenido hace algunas temporadas. En Domingo Ortega veo un maestro y Manolete me parece asombroso. Lo que no me agrada de Manolete es el manoletismo, porque estimo que le daña a él y daña a la fiesta. Claro que él no tiene la culpa. El manoletismo surge a su alrededor y con su fanatismo y su pasión desbordada desquicia las cosas. Otro torero por el que siento ahora especial curiosidad es Antonio Bienvenida. Tengo ganas de verle y con-



firmar esa recuperación que según dicen trajo de su último viaje a América. El toreo de Antonio Bienvenida, al que yo le he visto en tardes magníficas, tiene una belleza y una alegría excepcionales.

—¿Le sobra algo a la fiesta?

—Aunque sea caer en el tópico, yo creo, como tantas personas, que le sobran los petos, por razones que se han repetido centenares de veces y por aficionados más competentes que yo. Fuera de este detalle, la encuesta completa, porque la tradición la ha hecho depurarse hasta llegar a un momento taurino en que todo lo que sucede en el ruedo tiene su explicación, su porqué. Por supuesto, hoy se torea mejor que en la primera época que yo recuerdo haber visto. Es decir, los matadores modernos son superiores a los de aquellos tiempos, aun no lejanos, y sinceramente opino que la fiesta ha mejorado en la postguerra, ha marcado un resurgimiento, es más brillante y tiene mucho mayor interés que en los años de Marcial y Villalta, que, para mí al menos, significan un paréntesis dentro de la evolución que, como todo, ha sufrido el arte de torear.

—¿Qué esperanzas tiene usted para la próxima temporada?

—Espero que se pueda borrar la amargura que me produjo la no participación de los diestros anunciados en principio en la corrida de la Prensa de este año, amargura que no impide mi respeto hacia las razones privativas que pudieron tener ante problemas como el del ganado, por ejemplo. Creo, no obstante, que ese cartel puede ser la gran corrida del año que viene y que con el pasillo formado por estos diestros se eclipsará definitivamente cuanto pudiera quedar de decepción por nuestra parte ante conductas y hechos que con un poco de mejor voluntad hubieran podido evitarse en bien de las relaciones cordiales y amistosas que han sido siempre norma en los campos taurino y periodístico.

Ya la rotativa ha empezado a rugir y un ordenanza le lleva a Xavier de Echarrri el primer ejemplar del diario. Es la obra de cada día lo que sostiene entre sus manos el conductor de esta nave periodística que sabe navegar a toda vela por mares no siempre tranquilos y fáciles. Entran los redactores. La entrevista acaba. El preguntón ya no tiene más que recoger sus notas y marcharse.

A LA LIMITACION DE PRECIOS

La revelación de las circunstancias en que va a desarrollarse económicamente la temporada taurina de Carlos Arruza, el máximo éxito de la pasada, si nos atenemos a la expectación traducida en el número de corridas toreadas, ya que sólo la voluntad del citado diestro, harto de toros, impidió que rebasa con creces la marca detentada por Juan Belmonte, nos da la clave de la temporada por venir. Como, hoy por hoy, y en esto estimo muy difícil volver las aguas al cauce antiguo y me contentaría con dejar en comercio formal y honesto lo que lleva camino de ser «monstruosa» especulación, la fiesta tiene un marchamo industrial indudable; parece cosa fácil imaginar

se lo que va a traer el año 46 en los ruedos españoles. Los optimistas o los conformistas dicen que luego sale el toro y él manda y desbarata los cálculos. Se dice optimistas porque luego no sale el toro, sino el sucedáneo, que tiene la ventaja de poder desechar una considerable suma de azares. A la industrialización del toreo conviene mucho, téngase en cuenta, el que el toro, desprovisto de las incógnitas que planteaba su antigua consideración de fiera brava, se reduce a términos más humanos, más abarcables por los humanos y más fácil de meter en las previsiones de un ejercicio económico sin descabalarlas. Por todo, la temporada está bastante desvelada en sus incógnitas. Se torearán toros como los que uno se figura, no habrá competencias sino entre los tendidos, porque las competencias son un buen anestésico para la extracción de los dineros de la entrada, y la comedia seguirá rodando, esta vez bajo el sistema de exclusiva, no nuevo ni lesmesurado porque prácticamente ése es el que existe, pero sí proclamado con anterioridad. El resumen se cifrará en que sobre lo que recargan las entradas unas y otras cosas, el propietario de la exclusiva meterá su tanto por ciento. Todo, como se ve, va a tener color de rosa para quien espera que a la fiesta de toros se le pongan unos razonables límites económicos; y si se pudiera, tampoco vendrían mal en la parte artística.

Nada hay que decir en teoría del sistema de exclusiva, porque cada diestro puede hacer un sayo de su capote. Lo que la práctica demuestra es que toda exclusiva ha significado un aumento de precio en las localidades, desde las famosas de Pagés con Belmonte y posteriores con Ortega. La exclusiva se realiza sobre una atracción taurina, cuyo valor va a explotarse. En primer término, la causa de la

exclusiva consiste en la aspiración a embolsarse la cantidad extraordinaria que resulta de la explotación de la atracción. Interesa no perderla, porque bastantes aspiran a la mano de esa Doña Leonor, y la puja tiene que ser sobre el propio diestro, al que se asegura ya una remuneración extraordinaria por que se vista la taleguilla bajo la advocación de la exclusiva. Ese aumento se hace sobre el margen de ganancia, que en términos normales correspondía al organizador que llamaremos libre o al por menor. El margen de ganancia con que anteriormente se desenvolvía el negocio taurino se lo lleva el diestro, por lo menos. Y luego, el exclusivista se resarce de este aumento añadiéndole un mayor recargo. El empresario asentado quiere ganar en su Pla-

los ganaderos, que en cuanto huelen aumento de dinero se llaman a la parte, por lo que ellos han puesto de la suya para que el «toro» no estropee tan lindas combinaciones. Y los empresarios, emparedados y todo, no quieren perder su porción. Todos ganan, o lo pretenden, en la carrera de precios más fuerte que ha tenido lugar en España, lo que, por lo que de fenómeno de inflación tiene, merecería una intervención gubernativa.

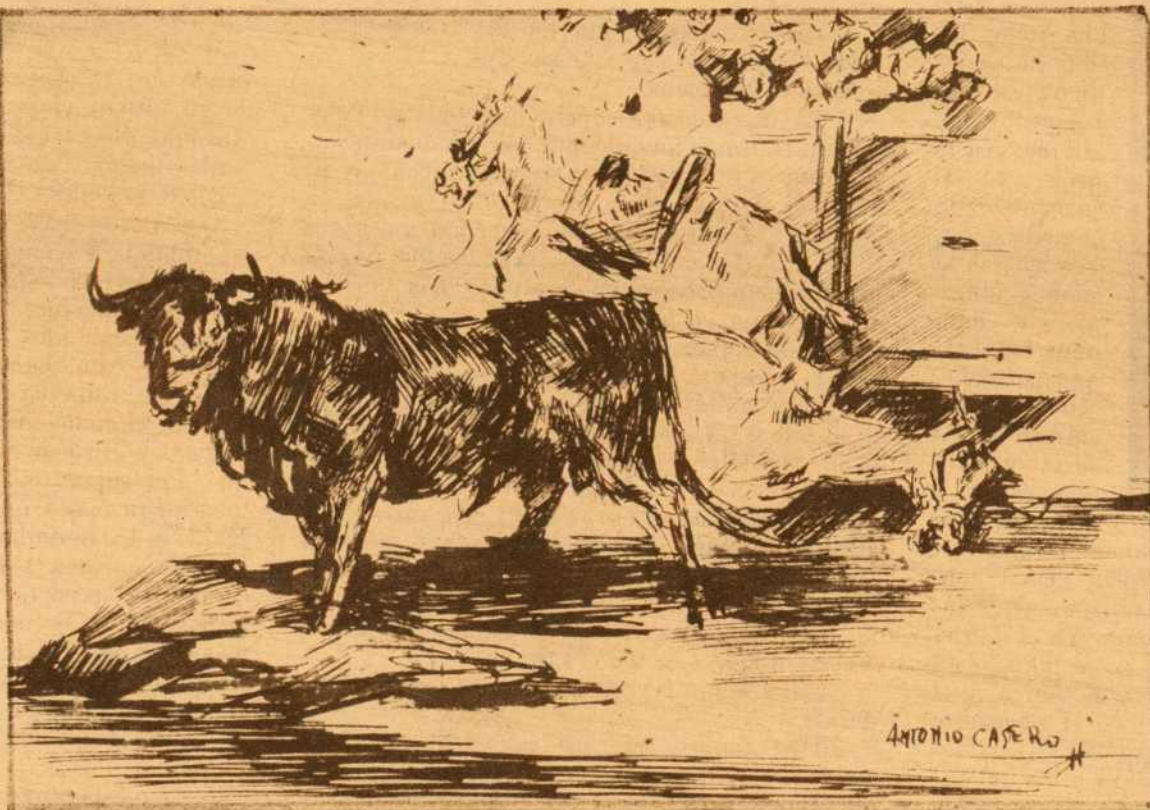
Uno propuso la fijación del tope máximo de las entradas retrotrayéndolo a cuatro años atrás. A mí no me sabe mal el enriquecimiento de nadie, ni nadie me demuestra que hace cuatro años no se enriquecía, y mucho, el que

debía, en la fiesta de toros. Lo que sí me subleva es el empobrecimiento de la fiesta, porque el paralelo a tanta abundancia es una escasez irremediable en otros aspectos; o sea, que, como se ha dicho, se pierde a los dos paños. En el número anterior de esta revista, mi admirado y querido compañero Juan León viene a coincidir en este punto de vista, y aun señala un aspecto tributario que agrava más el problema, con la fría imposibilidad de su aplicación proporcional al magno volumen económico que está tomando la organización taurina. Es posible que el tipo total de tributación sea fuerte; pero, ¿cómo se va a

convencer a nadie para suavizarlo, si el negocio industrial taurino adquiere en la actualidad una envergadura que, aunque desemboque en catástrofe cercana, hoy aparece como la más pujante de su historia? ¿Cómo hacerlo cuando las Plazas se llenan a precios abusivos? Se comprendería la petición y estimación de la rebaja en tiempo que la crisis efectiva amenazase con dar al traste con la fiesta y fuera necesario la protección. Además, que no sería justo que el Estado fuese el único filántropo en la materia.

Otras ganancias son las limitables, suponiendo un precio de localidad por cuyo cauce entraría la fiesta, como discurrió por él cuatro años hace, y el que no quepa, a su casa, como a su casa se irán dentro de poco, y redondeados en millones increíbles, los que no miran en qué punto de crisis dejarán los toros a cambio de haber duplicado sus millones previsibles. ¿Es lícito que se limite la inflación y las codicias que la provocan? ¿Hasta qué punto es un sofisma en esta materia el de la libertad del artista para pedir precio? Trataremos de ello, y en tanto, vaya a todos el deseo de un feliz Año Nuevo.

EL CACHETERO



ANTONIO CASERO

za, y tiene un largo plazo de propiedad o arriendo para lograrlo. El exclusivista «viene por el dinero de la temporada». El dinero de la temporada son las corridas de feria, con participación de las figuras principales y sujetos de las exclusivas en casi todas las Plazas de España. O sea, que aspira a ganar en casi todas las Plazas en el plazo de la exclusiva, que suele ser anual. Y el recargo sobre los billetes es fabuloso, como lo ha sido en estas tres temporadas últimas, en que ha regido en la práctica ese sistema. Recuérdese la famosa entrevista de la representación de Manolete con los organizadores de las Plazas en donde iba a torear «sólo» cincuenta corridas, fijadas de antemano en el plan. Y que Arruza, francotirador al comienzo, llegó a la «entente» con dicho plan, en el que se le hizo el sitio que la fuerza de taquilla que traía reclamaba. Y los dos se hicieron hueco: el mismo que pensaban para sí solos, doblando las consecuencias... para el público.

Pues bien: sobre aquello, sobre aquel tipo de cotización, la exclusiva Arruza-Puchades encarece el conjunto con todos los gravámenes que trae consigo el sistema. Ya ha puesto en ciento veinte mil pesetas el tope «mínimo» de su actuación. Como Manolete llegara a la «entente 1946», se le abrirá el mismo hueco «mínimo». Y nadie sabe adónde llegarán ni ellos ni el precio de las entradas. Y luego están

EL MATADOR DE ELGOIBAR

MAZZANTINI fué el primer torero que cobró 6.000 pesetas



Luis Mazzantini, en su época de gobernador civil de Guadalajara

EN Elgóibar —tierra de pelotaris—, al lado mismo de Eibar, nació un torero, a quien casi inmediatamente de haber aparecido en los ruedos, ya todo el mundo llamaba don Luis. Era don Luis Mazzantini y Eguía.

Su padre, don José Mazzantini, natural de Pistoya (Italia), había llegado a Guipúzcoa y logró que se le nombrara jefe de la estación de ferrocarriles de Elgóibar. Allí conoció a una elgobairrera, doña Bonifacia Eguía, de cuyo matrimonio nació, en Elgóibar, el 10 de octubre de 1856, don Luis Mazzantini.

A los ocho años fué enviado a un colegio de Bilbao y desde allí, aprovechando la ayuda de parientes de su padre, pasó a Marsella, Livorno, Nápoles y Frascati, para continuar su educación en un colegio de Escolapios, en Roma.

Cuando Mazzantini tenía catorce años, regresó a España, agregado a la servidumbre de don Amadeo de Saboya; pero sus padres prefieren que estudie, y dejando el humilde cargo palatino, estudió el Bachillerato que termina el año 1875.

Los recursos económicos del jefe de estación son escasos y Luis decide prepararse para unas oposiciones a factor telegrafista en la

Compañía del Mediodía. Las gana a los veinte años y queda ya encarrilado su porvenir de ferroviario; con tanto más motivo que logra ser nombrado jefe de estación en la línea de Madrid-Cáceres-Portugal.

Nunca había tenido afición a los toros; pero animado por el éxito que tuvo actuando en una becerrada de los ferroviarios, repitió en otras. A los veintitrés años de edad, don Luis Mazzantini decidió dedicarse al toreo. Como prueba definitiva, mató en Talavera de la Reina dos toros de cuernos y arrobos, y en 1880 vistió por primera vez el traje de luces.

Tres años de novillero, alternando con los mejores, un viaje a América con grandes éxitos en Montevideo y el 13 de abril de 1884 recibió en Sevilla la alternativa, de manos de Frascuelo, confirmandosela Lagartijo, en Madrid, el 29 de mayo del mismo año.

Mazzantini, cuya arrogante figura acompañaba a su gran co-



Mazzantini, matador de toros, en el año 1897



El torero guipuzcoano, en el año 1893, cuando actuaba de novillero

razón, fué uno de los mejores matadores de toros. Con los talones juntos y formando escuadra con los pies, arrancaba derecho y sepultaba el estoque en lo alto del morrillo con una seguridad y limpieza inigualables. No toreaba. Pero en la hora de matar —que entonces, ¡y con razón!, era la suerte predilecta—, Mazzantini proporcionaba una emoción que enloquecía a los públicos.

Fuó el que más dinero ganó en su tiempo, habiendo tomado parte, después de su alternativa, en 1.022 corridas, estoqueando 2.706 toros. A él fué a quien primeramente se pagaron 6.000 pesetas por corrida.

Hombre culto, serio y caballeroso, fué acompañado del respeto de todos. Cuando abandonó los toros, intervino en política. Fué diputado provincial en dos elecciones y desempeñó varios gobiernos civiles, sin que en ninguno de dichos cargos desentonara lo más mínimo.

Poca o ninguna relación tuvo Mazzantini con su pueblo natal. Pero aun hoy, cuando Elgóibar es una importante población industrial que cuenta con grandes factorías, los elgoibarreros enseñan con orgullo una modesta casa de la villa y dicen: —En esta casa nació Mazzantini...



Vista parcial de Elgóibar (Guipúzcoa), donde nació Mazzantini

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD

Cagancho, hijo, tiene proposiciones para actuar en la Plaza de El Torco



Joaquín Rodríguez, Cagancho, hijo, visto en Madrid durante su estancia en la capital de España (Fotos Manzano)

Toreó por vez primera a los seis años, y escapó del becerro llorando

lla ha sido la cuna de estos gitanos. Menos el hijo del matador de toros, que tiene mezcla de gitano y sevillano.

El chiquillo ha sido torero sin proponérselo. Ha nacido entre trajes de luces, y su vida fué formándose con temas taurinos y conversaciones sobre los éxitos ruidosos de su padre.

En ese ambiente se imponía continuar la profesión. Como los Bienvenida, Niño de la Palma, Chicuelo, Villalta...

Y Sevilla, la capital más torera de España, lo empujaba hacia los tentaderos.

Porque Joaquinito, como se le conoce, es natural de Sevilla.

En la calle Busto Tabera nació, y en la capilla del Cristo de los Gitanos bautizado.

Este muchacho que hoy sueña con el triunfo ha toreado ya mucho. Madrid no conoce su arte, como tampoco Sevilla. No ha sentido impaciencia y quiere llegar a dichas Plazas cuajado totalmente. Sin esa incertidumbre del qué pasará. Mide, más que nada por el nombre que lleva, la responsabilidad de un fracaso.

¡Un sentido grande el de este aspirante!



Un primer plano de Cagancho, hijo, durante la conversación sostenida con nuestro redactor para EL RUEDO

VEINTE años desde aquella tarde, inolvidable para los grandes aficionados. En la Plaza vieja de Madrid se despertó Cagancho. Su gracia, su arte, aquellos lances con la capa, dejaron extasiados a los asistentes. Presentación maravillosa.

Surgía una gran figura del toreo. Aquello no era improvisación de una tarde, ni tampoco le favorecía la diosa fortuna.

Lo traía dentro de sí. Como una superstición de su raza. Porque era gitano...

Cagancho, con su toreo pinturero, marcó un tiempo en la vida taurina. Esa gracia que quisieron emular muchos. Comprendían las virtudes de ese ritmo en el movimiento de brazos. Cagancho fué único, personal, sin limitaciones.

Y su figura fué discutida... porque igual armaba un alboroto que tenía necesidad de «protección» al abandonar los ruedos españoles.

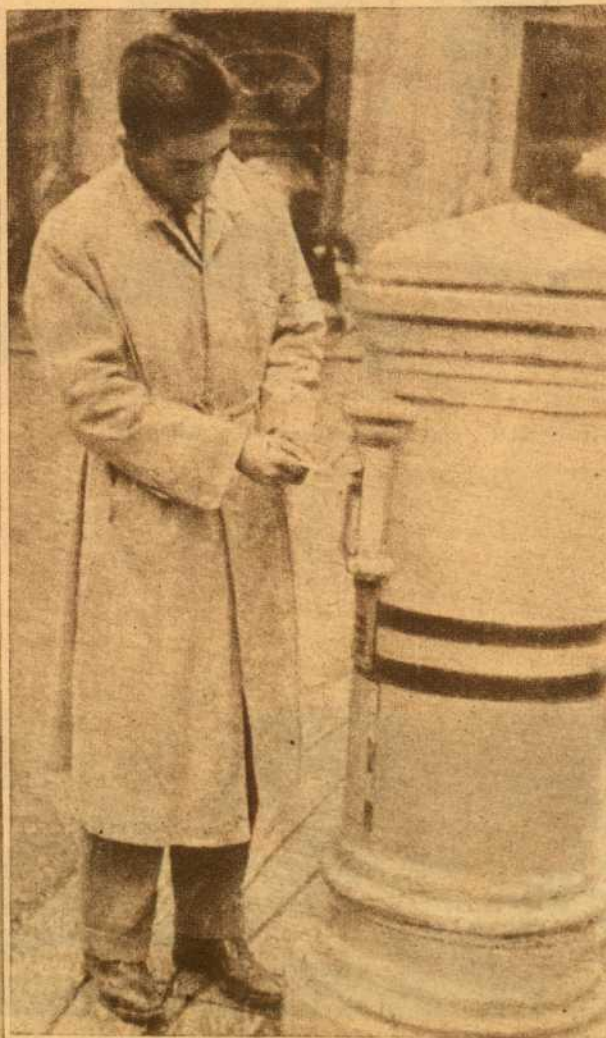
Esa genialidad, típica de una raza desprecupada como la gitana, la poseía Cagancho.

Vino a ganarse la voluntad de quienes sienten admiración por ellos, pero no los comprenden. Y como un embaucador más, con su tez morena, rayando en lo negro, pasó en triunfo su nombre, herencia de su abuelo, que vivió transcurrir los días entre hierros y machos...

Genial hasta en el apodo. Ello le daba más personalidad, y aquel muchachito de ojos tristes, pero zalameros, ha dejado su legado. A punto de retirarse ocupa su puesto un nuevo Cagancho, para que no se pierda la continuidad del toreo.

Joaquín Rodríguez, Cagancho hijo, con sus dieciocho años y un maestro genial, tiene sobre sí la enorme responsabilidad de no dejar mal a quien en el toreo alcanzó los mayores éxitos.

En la familia Cagancho no existe ninguno que naciera más arriba del Sur. Sevi-



El hijo del diestro gitano deposita, en uno de los buzones, la carta a sus familiares

Desprovisto de esas genialidades que los gitanos poseen. Joaquín no lo es, pero los admira. No podía resistir la tentación de los trajes, el ambiente, los primeros capotazos, junto a su padre, en la finca que Cagancho poseía en El Escorial.

LOS PRIMEROS INTENTOS

La noticia de un próximo viaje a Méjico ha traído a la actualidad al novillero sevillano, que vive en Madrid. En la capital de España ha pasado sus mejores días y en los tentaderos cercanos a Madrid se erigió en figura.

Vaquillas, faenas camperas. Acoso de reses y trajes apropiados. El, con sus calcetines y un pantalón corto, completado con una blusita, movía primorosamente la muleta. Contaba seis años.

Y Pepito Manfredi, apoderado de su padre, interviene para describir ese principio que el muchacho quiere hasta olvidar.

—Se puso frente al becerro. No aguantó, mejor dicho no pudo, la arrancada, y se puso en fuga, llorando. Este fué su debut.

Cagancho, hijo, baja la cabeza, avergonzado por esta descripción de Manfredi.

Claro que más tarde se arrimó. Por el empujón del apoderado, desoso de que fuera torero.

A continuar esa labor, que empezó en Cagancho y terminará en su heredero, único en la familia que puede emular las genialidades del gitano.

—Yo sentía el ambiente. Me delumbaban los trajes de mi padre. He sido testigo siempre, cuando lo vestía el mozo de espadas. Por fuerza tenía que salir torero y estoy contento, porque aspiro a luchar.

Su marcha depende del éxito que alcance en su presentación en Las Ventas



«La primera tarde que me enfrenté con un biého, sentí gran pánico... Los pocos años me hicieron llorar y salí corriendo»—dice el hijo de Cagancho

Así explica Cagancho, hijo: las influencias que pesaron sobre él para llegar hasta este momento de suma responsabilidad y temores por la suerte que pueda depararle, no el riesgo, sino los triunfos.

—¿Cuándo toreaste por primera vez?

—Torear, desde los seis años. Las ganaderías andaluzas eran el mejor camino. Y los amigos de mi padre me brindaban oportunidades para que me entrenara. Pero el primer becerro que maté fue en Alcalá de Henares, el año 1939, un festival en que actuaba mi padre. Salí en hombros, después de cortar las dos orejas y el rabo. Aquel triunfo me impulsó a decidirme por los caminos de la tauromaquia. Y así es como opté por una de las dos cosas que mi padre me brindaba.

—Estudias o eres torero. Pero nada de perder el tiempo...

EL PRIMER TRAJE DE LUCES LO VISTIÓ EN RONDA

Desde 1942 actúa Cagancho, hijo. Aquel año, con su traje corto y formando pareja con el Niño de la Palma tomó parte en diez festivales.

Al año siguiente, en una novillada sin caballos, vistió por vez primera el traje de luces.

Tarde de gozo. Se sentía capaz de hacer frente a la lucha. Y en el coso de la ciudad de Ronda, Joaquín Rodríguez, aspirante a fenómeno, obtuvo su primer éxito, que le empujaría hacia adelante. Pero las ilusiones de aquel día fueron truncadas por un percance, en Barcelona.

—Me operaron de menisco. Y hasta este mo-

A su padre no lo ha visto actuar; los gritos y el peligro le cohibieron

mento no he podido decir que estaba curado. Intenté, la última temporada, decidirme en firme, pero la dolencia no desaparecía y tuve que torear solamente once novilladas. Deshice algunos contratos, que para mí eran básicos en las ideas que me había forjado al comenzar la temporada.

La pierna ha retrasado un año mi presentación en Madrid...—decía.

Este es el último sueño del novillero andaluz, que sin actuar en Madrid y Sevilla ha recibido proposiciones de Méjico para torear en El Toreo. Para el mes de mayo, en que dan principio los festejos novilleriles, es el ofrecimiento que se le hizo a Cagancho, hijo.

DE MI ÉXITO EN MADRID DEPENDE TODO

—Quiero presentarme en el mes de abril. Madrid lo es todo, y sin el triunfo en el coso principal de España no puede planearse nada por anticipado. Yo buscaré esa tarde el triunfo que me dé ánimo para decidirme de una vez.

Así concibe el novillero su futuro. Con



A la espera de un taxi. La lluvia obliga a buscar un rápido medio de locomoción



«Estoy satisfecho por el futuro. En abril me presentaré a la afición madrileña. De esa tarde depende todo... Hasta el viaje a Méjico...»

el apoyo de Madrid y Sevilla. Las dos Plazas que sólo lo vieron actuar. Y esta incógnita la quiere despejar en abril.

—¿Y del viaje a Méjico?

—Sí, como espero, tengo suerte, me quedaría en España.

—¿Y desistirías de marchar?

—Me decidiría si el fracaso me cierra las puertas a todo. Un revés en Madrid influye sobre el resto de los aficionados... Y buscando otros horizontes embarcaría, para unirme a mi padre y cumplir los contratos que ahora me ofrecen.

De Cagancho, hijo, no puede hacerse historia, como con otras figuras. Todo es promesa y buenos deseos.

El tiene armas suficientes para que en su día tenga una historia, como la de su padre. Sin esa despreocupación de una raza que mantiene una viva admiración en cuántos se sienten ligados a ellos.

Cagancho no conoce de su padre más que lo que le contaron los amigos.

Porque en su casa no existen recortes que canten las gloriosas tardes de quien se encumbró por una faena en la Plaza de Madrid. Ni fotografías que influyan en estilos, para acoplarlos en sus futuras actuaciones.

Cagancho, hijo, es torero por temperamento. Y porque lo ha vivido en casa de los suyos.

Y ahora, quien no tuvo valor para ser testigo del arte de su padre, obliga a éste a dirigirlo por los difíciles caminos de nuestra fiesta.

En contrasentido de todo, Cagancho, hijo, no es un torero fácil de capa. Su fuerte es la muleta.

Pero sueña con algunas verónicas del muchacho moreno, casi negro, que el 5 de agosto de 1926 le sirvieron para triunfar.

¡Aquél era Cagancho!

JOSE CARRASCO

ULTIMO CAPITULO

DE LA VIDA TAURINA DE VICENTE PASTOR

CONOCIDOS ya por nuestros lectores todos los incidentes de la vida taurina de Vicente Pastor, desde aquellos momentos en que el famoso diestro madrileño, siendo un chiquillo, y artistrado por una vocación desenfrenada, se enfrentó con las reses emboladas que se corrían como colón de las novilladas, hasta el final del año 1915, voy ahora, accediendo al reiterado ruego de varios aficionados, a dedicar unas sencillas líneas a la última fase taurina de tan celebrado artista, quedando con ellas completada la historia taurina del torero de la calle de Embajadores.

Un contrato incumplido por don Julián Echevarría, empresario de la Plaza madrileña, fué la causa de que Vicente no volviera a pisar el albero de dicha Plaza hasta el momento de su inesperada retirada.

Ocurrió aquello en los albores de la temporada de 1916, año en el que Joselito y Belmonte se hallaban en todo su apogeo.

Cuando se fijó el cartel de las corridas del primer abono y los aficionados no vieron en él el nombre de Pastor, llenos de contrariedad, hicieron contra Echevarría los más duros comentarios.

En este año 1916, Vicente figuró con todos los honores en los carteles de las ferias de Sevilla, Valencia, Pamplona, Bilbao, Santander y Albacete.

Empezó la temporada en Barcelona toreando dos corridas, el 19 de marzo y el 2 de abril, alternando en la primera con José y Belmonte, toros de Alipio Pérez, y en la segunda, «mano a mano» con Pacomio Feribáñez, reses de Pérez de la Concha.

En ambas corridas estuvo bien, y mejor en la última, escuchando grandes ovaciones.

En Valencia, con Joselito y Belmonte, actuó el 16, estoqueando cornúpetas de Salas.

Su inclusión en los carteles de la feria abriense sevillana despertó una justificada expectación, y en ella obtuvo uno de sus más resonantes éxitos.

Tuvo intervención en las corridas celebradas el 23, 29 y 30 del citado mes, y *El Soldado romano*, como jocosamente se le llamaba en la ciudad del Betis, alternó en la primera corrida con José y Belmonte, toros de Gamero Cívico, haciendo las faenas con la mano izquierda y matándolos superiormente.

La corrida de Miura, lidiada al siguiente día, en unión de los mismos espadas, traía sin suño a los aficionados.

Una corrida grande, honda y bien colocada de herramientas, pero, sobre todo, el toro *Recovero*, negro, buen mozo y descabillado del pitón izquierdo, fué motivo de grandes comentarios.

Esta cornúpetas, al ser en la mañana de la corrida enchiquerado, destruyó tres puertas de los corrales, y la hazaña del miureño corrió como la pólvora entre los aficionados.

En el sorteo le correspondió a Vicente Pastor, y fué lidiado en cuarto lugar.

Cuando *Recovero* hizo acto de presencia en el ruedo, el público prorrumpló en un ¡oh! de asombro.

Después de recibir cinco varas, matando dos caballos, y de ser banderilleado, ante la expectación de los concurrentes, Pastor le llegó con la muleta en la mano izquierda, iniciando la faena con uno de aquellos poses naturales, que se han quedado archivados. Siguió con uno de pecho y otro natural, por bojo.

Prosiguió la faena, valiente, con un ayudado, y al dar otro igual, fué alcanzado por el toro, volteándolo horribilmente. Ante la emoción del público, se levantó serenamente, y continuó toreando, apretándose cada vez más con la res.

Cuadrada ésta, entró a matar a volapié, recto y despacio, metiendo una estocada hasta el puño en todo lo alto, saliendo el diestro nuevamente cogido, campeonado y arrojado al suelo.

Buscó el toro al caído, pero no le pudo recoger, por estar herido de muerte, rodando *Recovero* como una pelota.

El torero, con la ropa ensangrentada, recibió una clamorosa ovación, dando la vuelta al ruedo y siéndole concedida la oreja del cornudo.

La hazaña del *Soldado romano* fué el tema de todas las conversaciones, porque en aquella famosa corrida no los acompañó la suerte ni a José ni a Juan.

Después del triunfo, Vicente fué visitadísimo, en el hotel donde se hospedaba, por muchos aficionados y toreros, entre éstos Antonio Fuente, Bombita y Machaquito.

No hay que decir el efecto que en Madrid produjo este exitoso cuando se conoció en la noche de tan inolvidable fecha.

En la última corrida de la feria lidió reses de Anastasio Martín, con Joselito, Belmonte y Gaona.

Dos corridas toreó en Barcelona: el 21 de mayo y 4 de junio. De Pérez de la Concha fueron los toros que lidió con José y Juan en la primera, y de Concha y Sierra, en la segunda, con dicho José y Saleri II. En ambas corridas estuvo bien.

Después de torear en Toledo, el 22, con Posada, seis veraguas, fué a la famosa feria de Pamplona, tomando parte en las corridas celebradas el 7, 8, 10 y 11 de julio.

Sorteo en ellas toros de Urcoila, Alaiza, Anasta-

sio Martín y Concha y Sierra, y alternó con Gaona, Martín Vázquez, Florentino Ballesteros y Juan Belmonte. En la corrida de prueba, el 9, despachó un toro de Vicente Martínez, y su labor, en conjunto fué buena.

Mes de julio, Feria de Valencia. Toreó en las corridas efectuadas el 25, 26, 27 y 28 reses, por este orden, de Matías Sánchez, Pérez de la Concha, Gamero Cívico y Miura.

En las cuatro alternó con Joselito, completando los carteles Rafael El Gallo y Redelfo Gaona. Fué ovacionado en casi todas, manteniendo en alto su cartel de buen torero y estoqueador.

Con El Gallo alternó en el Puerto de Santa María, el 6 de agosto, en la lidia de seis astados de Benjumea, y en Santander, el 12 y el 15, reses de Santa Coloma y Esteban Hernández, con Joselito y Ballesteros y El Gallo y Cocherito.

El 20, 21 y 23 figuró en las famosas corridas de la feria de Bilbao,



Vicente Pastor, en la actualidad

toros de Santa Coloma, Gamero Cívico y Miura, acompañándole en la primera Celita y Joselito; éste, Cocherito y Gaona, en la segunda, y José, Redelfo y Cocherito, en la última.

En las tres estuvo bien, particularmente en la del 21, con el cuarto toro de Gamero.

Tres reses de Tovar mató en Irún el día 27, acompañándole Joselito, y el 8 de septiembre, en Alcázar de San Juan, con Posadas, estoqueando veraguas. El 9, con Joselito y Saleri II, toros del duque de Tovar, en Albacete, y al siguiente día, en esta última Plaza, con Guadaletas, en unión de Malla y Joselito.

Veintiseis fueron las corridas en este año toreadas, estoqueando cincuenta y ocho toros.

En casi todas lo hizo con Joselito y Belmonte, y al lado de ellos supo mantener su prestigio de torero pundonoroso.

1917. Último año, en el que Vicente Pastor, por las Empresas con-

tratado, vistió el traje de luces.

Ni Echevarría buscó a Pastor para que actuase en el coso madrileño, ni Vicente llamó a las puertas de la oficina de la Empresa.

En Málaga, donde acostumbraba invernar, empezó la temporada el 4 de marzo, toreando «vis a vis» con Joselito toros de Benjumea, repitiendo el 9, con dicho diestro y Paco Madrid, reses de Pablo Romero.

Imprescindible en la feria de Sevilla, por su triunfo del año anterior, toreó el 8 de abril cornudas de Nandín, con Belmonte y Saleri II, y el 18, 19, 20 y 21, toros de Santa Coloma, Murube, Concha y Sierra y Miura, acompañándole en estas corridas Gaona, Saleri II y Martín Vázquez.

En la última, un miura infirió a Vicente una cornada en la corva de la pierna derecha, y este accidente influyó de una manera notoria en su vida torera, pues ya no pudo volver a vestir el áureo traje hasta el 2 de agosto en Santander, alternando con José y Juan en la lidia de seis murebas.

Durante el tiempo que estuvo sometido a un tratamiento adecuado por el doctor Lázaro Pindado, perdió de torear bastantes corridas.

En Sevilla, con un miura, obtuvo uno de los triunfos más grandes de su vida torera, y en la misma Plaza, al siguiente año, otro toro de la misma ganadería fué el causante de colocarla en condiciones de inferioridad para continuar el arriesgado oficio.

Resintiéndose aún de la pierna lesionada, toreó en Santander, el 3 de agosto, con los hermanos Gallo, toros de Guadaletas, y el día 8, en la misma Plaza, mató reses de Trespalacios, con Rafael y Belmonte.

En cinco corridas actuó en San Sebastián, Tuvía, con éstas lugar el 12, 13, 15, 18 y 26 de dicho mes, y en ellas lidió, sucesivamente, astados de Murube, Miura, Santa Coloma, Sotillo y Gamero Cívico. Con Joselito alternó en cuatro; la última, «mano a mano»; en tres, con Belmonte; con «Fortuna», en dos, y en una, con Rafael El Gallo.

Con los dos colosos, José y Juan, toreó en Málaga; el 30 y el 31, toros de Guadaletas y Murube, y el 12 de septiembre, en Zamora; con volvió a actuar con Belmonte y Alé, cornúpetas de Trespalacios.

Estas fueron las dieciocho corridas en que tomó parte en 1917, estoqueando 37 toros.

Con el firme propósito de retirarse, cosa que no llegó a hacer pública, el 23 de mayo de 1918 toreó por última vez.

En esta fecha se celebró en Madrid la corrida a beneficio del *Montepío de Toreros*, y en ella estoqueó solamente un toro, el corrido en primer lugar, llamado *Cabrero*, negro, de la vacada de Veragua.

Con la mano izquierda realizó una concienzuda faena, matando a *Cabrero* de un pinchazo, una estocada y un descabello.

La muerte del toro se la brindó a Don Alfonso XIII, que conoca la resolución de Pastor.

El público, que se dió cuenta de que por última vez veía al torero que tan alto supo poner su nombre en la profesión, le ovacionó emocionado.

Vestía Vicente un traje verde y oro, y en tal corrida actuaron, matando después seis toros de Tovar, Cocherito, Ricardo Anlló, Nacional y Saleri II. Al regresar a su domicilio, ante la justificada alegría de su familia, su hermana Teresa le cortó la coleta.

Este fué el epílogo de su vida taurina.

Y desde aquel momento el ascensor de su casa dejó de funcionar taurinómicamente.

En sus veinticinco años de vida torera actuó en 141 novilladas y en 449 corridas de toros; un total de 590 espectáculos, estoqueando tres becerros, 326 novillos y 1.101 toros.

Con Vicente Pastor se fueron las últimas manifestaciones de un torero que aun añoran los aficionados de aquellos tiempos.

No le fué fácil llegar a ser matador de toros, y el lugar que ocupó en la torería se le ganó con su esfuerzo propio y su gran voluntad.

Jamás puso obstáculos a las Empresas para la elección por éstas de los toros ni para hacer las combinaciones.

Dentro y fuera de la Plaza se llevó bien con todos sus compañeros, respetó a los críticos y a los públicos, a los que dió su voluntad y su rendimiento artístico.

Sin necesidad de cultivar los adornos, fué hasta el último momento un gran torero y un formidable estoqueador.

Su lema — como dió un escritor — fué siempre la verdad, y cuantos tuvimos la dicha de presenciar las grandes faenas que realizó, le consideramos como el último representante de una época que empezó con Frascuelo, cerrándola Vicente Pastor al iniciarse la gloriosa de Joselito y Belmonte.

DON JUSTO

Balsamo Hazul

UNGUENTO ANTISEPTICO

PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL.

QUEMADURAS - GRANOS - ULCERAS - HERIDAS

Censura sanitaria num. 3979

VENTA EN FARMACIAS



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

UN BRINDIS DE DESPEDIDA

EN aquella corrida se iba a marchar de los toros una de las figuras más destacadas de la Fiesta Nacional. Ricardo Torres, Bombita, había decidido su retirada de la profesión de una manera silenciosa, sin decir nada, sin pompas ni lágrimas ni abrazos tiernos. Sencillamente. Como él fué toda su vida. Como si el momento no tuviese ninguna trascendencia y aquellos dos últimos toros que iba a matar no pesasen en la vida taurina más que cualquiera de los que durante su larga carrera había echado patas arriba.

Pero el Gallo sí sabía que Bombita se iba. Y, hombre de buen paladar el calé, también estaba enterado de cuánto perdía la Fiesta con la decisión del torero de Tomares. Por eso, cuando a Rafael le tocó el turno, al dirigirse hacia la barrera para recoger los trastos, ya lo llevaba pensado. Y con seguro y buen paso, se fué, montera en la diestra, hacia su compañero de tantas tardes para brindarle la muerte de su toro.

Y ahí está la foto. Es el momento en que el «divino calvo» le larga su discurso de despedida. No sabemos exactamente lo que Rafael le dijo a Bombita; pero todos podemos suponerlo sin

temor a equivocarnos. Aunque, por otra parte, lo que menos importa es la oración, porque si nada le llegó a decir el Gallo, estaban a flor de labio sus palabras, veladas seguramente por la emoción del momento. Y esto sí es lo importante. Esa emoción que el gitano sentiría ante la idea del compañero de tantas tardes de alegría en el triunfo y de unión ante la suerte adversa. Porque así son los toros. Y muchas veces nada importan la decisión ni el coraje; el conocimiento ni el pundonor profesional. La suerte es la que en estas cosas del ruedo manda más que nadie.

Y aunque Ricardo Torres es de las figuras que más pusieron de su parte para dejar airoso su pabellón, no por ello la desgracia lo olvidó.

Y tuvo sus tardes desafortunadas y de percances serios, que dejaron en su cuerpo un largo rosario de cicatrices.

Y ante ese gran torero, el Gallo, en representación de todo aquel que amaba la Fiesta por sí misma, de todos los toreros que tantas muestras de cariño recibieron siempre de Bombita, se cuadra, alza la diestra con la montera en la mano, y, muy serio, con mucha gravedad, le da el adiós emocionado de todos.



Más de 1.200 corridas en el callejón

MANUEL ESTEVEZ, MADRILEÑO, HACE VEINTE AÑOS QUE ES MOZO DE ESTOQUES DE LOS MAS FAMOSOS MATADORES

MANUEL Estévez está clasificado en la fiesta como mozo de estoques. Y, sin embargo, son muy pocos los aficionados que conocen a Manuel Estévez. Los aficionados conocen a Madrileño.

Claro que en la vida este caso no es nuevo, y cierto es que Manuel Estévez o Madrileño, como ustedes quieran, tiene en la fiesta una popularidad extraordinaria. Un prestigio y un nombre. También tiene su historia. De su historia es de la que yo quiero hablaros. Pero mejor es que sea él mismo el que nos vaya contando cómo y por qué llegó a la fiesta. Y por qué se hizo mozo de estoques. La historia es larga. Madrileño nos la fué contando en esta mañana de diciembre, sin prisas y en un tono emocional.

—¿No sabe usted que yo soñé con ser torero famoso?

Madrileño comprendió que el cronista ignoraba este "sueño", porque se apresuró a decirme, sin esperar mi contestación:

—Usted dirá que yo he sido el único que he soñado con la fama. Esto no es nuevo, ciertamente. Pero, se lo cuento porque seguidamente quiero decirle que Dios no me había llamado por ese camino.

—¿Llegó usted a torero?

—Como banderillero, sí. Porque lo que yo soñé fué ser un banderillero famoso. Al principio no encontré muchas dificultades en colocarme. Y debuté el año 1910, en Barcelona, formando en la cuadrilla de los Jóvenes Sevillanos, de la cual eran matadores Varelito y José Vázquez de San Bernardo, padre del actual matador de toros Pepe Luis Vázquez. Más tarde actué a las órdenes de Pacorro, de Hipólito y de Limeño. Así llegó el año 1917.

—¿Y llegó también el final de sus sueños?

—Así fué. Aquel año me fui de los toros sin pena, porque tampoco tuve muchas alegrías en la profesión.

—Pero usted no se alejó de los toros...

—Eso ya no era tal fácil.

—¿Empezó entonces como mozo de estoques?

—Pacorro, del que había sido banderillero, me incorporó a su cuadrilla. Con él estuve hasta que tomé la alternativa. Luego presté mis servicios, dos temporadas, con Nacional; cuatro, con Márquez; la del 28, con Félix Rodríguez; del 29 al 35, con Vicente Barrera; el 36, con Chicuelo; el 37 y el 38, con Marcial Lalanda; 39 y 40, con Antoyto Bienvenida, y 43 y 45, con Fermín Rivera.

—¿No estuvo usted en América?

—Sí, estuve en América cinco veces. El año 23, con Márquez, y cuatro veces con Vicente Barrera.

—Y usted, ¿cómo ve su profesión?

—En el toreo, el puesto de mozo de estoques es el más ingrato. Hay que ser discreto y buen administrador del matador. Pero, generalmente, el pago que recibimos nunca está de acuerdo con los servicios que prestamos. Cuando el matador triunfa, el único que estorba en la habitación del hotel es el mozo de estoques. Y, en cambio, cuando fracasa, el único hombre que está junto a él, para aliviarle y consolarle, este hombre es el mozo de estoques.

—¿Tiene muchas dificultades la misión de ustedes?

—Lo más fácil es el estar en la Plaza. Cumplir nuestros servicios desde el callejón. Lo difícil y lo complicado viene después, con esas múltiples gestiones que hay que realizar en la calle.

—En su larga vida taurina, ¿vió usted muchas alternativas?

—Muchísimas. Puedo recordarle, entre otras, la alternativa de Facultades, en la Plaza de Mérida, actuando de padrino Márquez, y de testigo, Gallito de Zafrá; la de Pepe Iglesias, en Barcelona, con Valencia II y Barrera; la de Pepe Gallardo,

también en Barcelona, con Chicuelo y Barrera; la de Ballesteros, con Barrera y Fernando Domínguez. Aparte de todas estas alternativas, he visto muchas más desde el callejón. Y serví la espada y la muleta a Carlos Arruza cuando este debutó en Madrid.

—¿Es peligrosa la misión del mozo de estoques?

—Por lo menos, yo recuerdo haber pasado dos sustos tremendos. El primero, en la Plaza de Belmonte (Cuenca), en ocasión que toreaban mano a mano Ortega y Barrera. El segundo toro rompió la puerta de los chiqueros y saltó al callejón cuando menos lo esperábamos, estando a punto de ocasionar una verdadera tragedia. Otra tarde, en Zaragoza, tuve que saltar al ruedo para evitar que el toro empitonase a Barrera. Me cogió al rabo del toro y, haciendo un coleo, creo que evité la cogida de mi matador. También el año 31, en Valencia, tuve que hacer un quite a Barrera. En esta ocasión me cogió el toro, al ir a levantar a Barrera, y me tuvo en la cama un mes.

—¿En cuántas corridas lleva prestados sus servicios?

—Calculando muy por bajo, creo que he servido las espadas en más de 1.200 corridas de toros. Tenga usted en cuenta que llevo veinte años en la profesión.

—De todos sus matadores, ¿qué triunfos recuerda?

—He visto triunfar a muchos toreros. Pero recuerdo el alcanzado por Félix Rodríguez, el año 1928, en San Sebastián, y uno en Madrid, logrado por Vicente Barrera, toreando mano a mano con Marcial Lalanda el año 31.

—¿Y el torero de su predilección?

—Josejito. La primera vez que se vistió de torero Josejito, el año 1908, en Jerez de la Frontera, fui a verle, teniendo que hacer el viaje desde Sevilla escondido en el tren porque no tenía dinero para el viaje.

—Y cogidas, ¿vió usted muchas?

—Para esto he sido un hombre de suerte. Con todos aquellos matadores que fui mozo de estoques, ninguno fué cogido.

—¿Algunos detalles curiosos?

—¿Míos o de mis matadores?

—De sus matadores.

—Puedo hablarle del miedo o la tranquilidad de los matadores cuando empiezan a vestirse.

—De los miedosos no quiero que me hable. Se podrían enfadar. ¿No lo cree así?

—Es verdad.

—Pues hábleme entonces de los valientes.

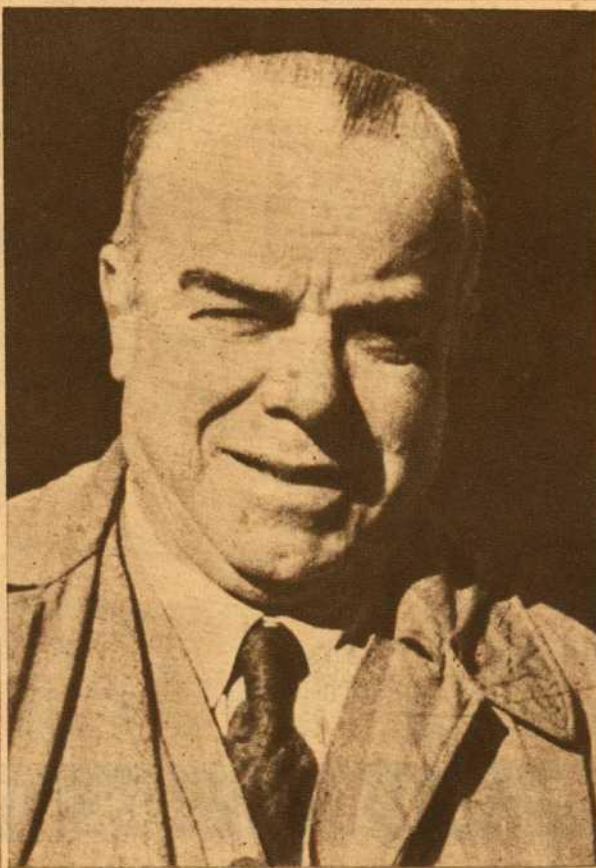
—En muy pocas palabras, puedo decirle que yo no he vestido nunca con más tranquilidad que a Félix Rodríguez, Chicuelo y Fermín Rivera, en esas horas difíciles que van de la habitación del hotel al ruedo.

—¿Y algo verdaderamente curioso?

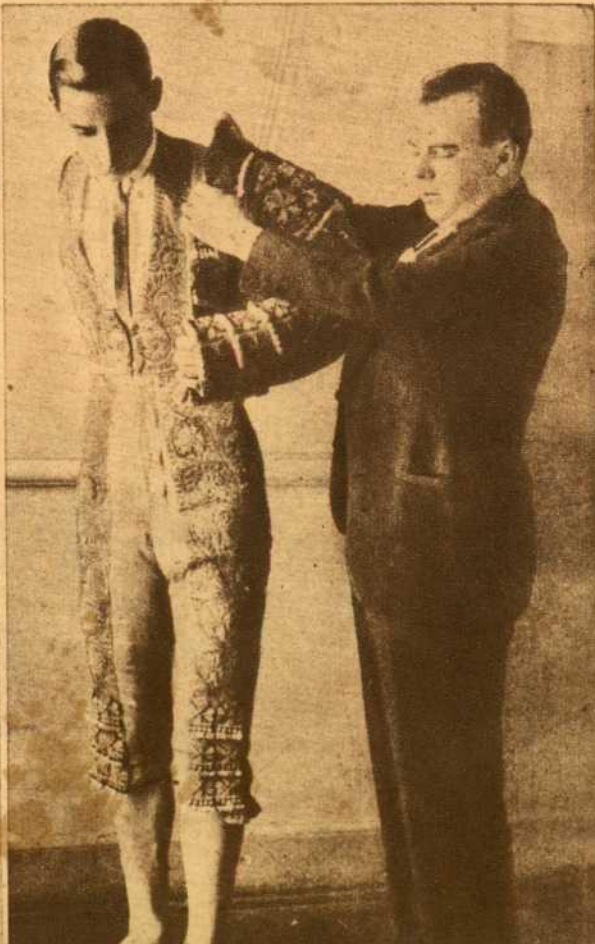
—Que actué en Sevilla el día que debutaba Pacorro, en novillada picada, con la circunstancia que, después de Pacorro, despacharon cuatro novillos, sin caballos, Juan Belmonte y José Otero.

Manuel Estévez, Madrileño, sigue contándome su vida. Otro día seguiré con este largo rosario de recuerdos.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Manuel Estévez, Madrileño.—Abajo: En funciones de mozo de estoques, ayuda a Vicente Barrera a vestirse (Fotos Manzano)



Cada siete días una vara

UNA CONFERENCIA TAURINA



NOS pilló de verdadera sorpresa la noticia. Un conocido crítico taurino iba a dar una conferencia sobre la fiesta. Hasta aquí nada de particular, porque nada más lógico que hable de estos menesteres quien tiene una tribuna, durante todo el año, en las columnas de un periódico, y emite su opinión autorizada un día tras otro. Fué el tema escogido el que nos dejó de piedra, primero, para después romper a sudar de manera copiosa. "Con qué mano se torea al natural", era el título de la charla.

Llevamos poco, muy poco tiempo —por que somos jóvenes, ya lo hemos dicho en otra ocasión—, de vida taurina: de aficionados, en una palabra. Pero, a pesar de ello, todavía no hemos encontrado entre los técnicos, los viejos de la fiesta, los profesionales, o esas otras gentes que andan alrededor del toro, y del cual viven de una manera casi milagrosa, dos personas que coincidieran en lo que es el pase natural.

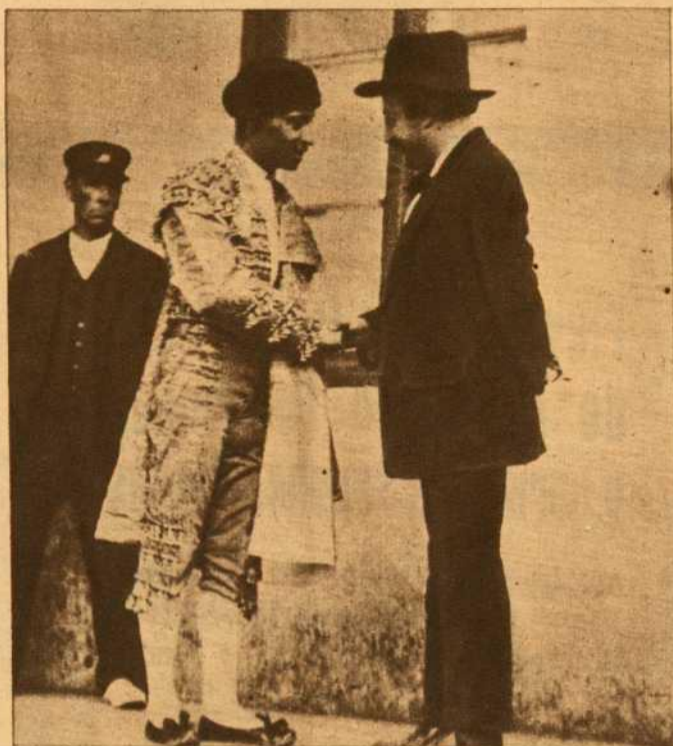
Y he aquí nuestro asombro, el por qué de nuestros sudores. ¿Pero si aun no se sabe a ciencia cierta qué es el pase natural, ¿cómo se puede hablar de con qué mano se ejecuta?

Creemos que el asunto ha de quedar aún menos claro, y las discusiones, en estos días, subirán de punto, porque el tema, tan viejo como oscuro, vuelve a ponerse sobre el tapete y el mármol de las mesas de los cafés de divanes rojos, que es donde —tras largas investigaciones hemos llegado a descubrirlo— se sabe y se habla más de toros.

Pero, en fin, si la cosa sirve para pasar el invierno, mientras vuelven los que se han ido a Méjico...

¡Para la SOMBRA y el SOL!

Un mano a mano curioso



Porque estos dos señores son nada menos que El Gallo y Eugenio Noel. Al primero creemos que no hace falta presentarle; pero como al otro es posible que haya quien no le conozca, nos complacemos en decir que el señor Noel era un novelista a quien se le conocía, mucho más que por sus obras, por sus campañas antitaurinas.

Los ha reunido el azar y no es la unión tan desafortunada ni dispar como a primera vista puede parecer, porque si a Noel no le gustaba ningún toro, para El Gallo había muchos que no los podía ni ver.

Pero, por lo que vemos en esta fotografía, el señor Noel no sólo sentía fobia contra los toros. Observando sus largas melenas hemos llegado a la conclusión de que tampoco debió de sentir muchas simpatías por los peluqueros.

Es decir, que era un anti.

Una anécdota a la semana

¡A VER SI TE ARRIMAS!

AQUELLA tarde actuaba en la Plaza de Madrid el célebre torero Currito. No iba muy bien la cosa, porque el diestro no estaba en vena y porque el toro que había salido por los chiqueros era de un tamaño descomunal y tenía unos pitones como cirios.



El torero no había conseguido parar al bicho ni una sola vez, mientras éste le llevaba aperreado de un tendido a otro, sin que Currito lograra más que mantazos que provocaron la bronca del respetable.

Pero el diestro ni tenía ganas de mirar al toro ni de hacer nada que contuviese, siquiera por unos momentos, el broncazo fenomenal con que el público le estaba obsequiando.

Un aficionado que estaba en barrera, aprovechó uno de los momentos en que Currito pasaba por delante de él, perseguido por el bicho, y le dijo a voces:

—¡A ver, amigo, si hace usted por arrimarse!

Currito oyó los gritos, meditó; después se dió la vuelta hacia el lugar de donde había salido la voz y replicó con gracia:

—¡Déjelo usted, hombre, que bastante se preocupa él de arrimarse a mí!



LEEMOS que acaba de aparecer un libro que lleva por título «Ganadería brava».

Suponemos que el autor se habrá tenido que inspirar en las ganaderías de la prehistoria taurina.

Sí, porque lo que es ahora...

**

Decíamos en el número anterior que, de continuar las noticias con respecto a la cogida de Manolete, llegaría el momento en que el cordobés ni siquiera había toreado.

Y mira por donde acaba de llegar la noticia de que Manolete ha rescindido su contrato con la Empresa de El Toreo.

Lo que casi quiere decir que Manolete

BURLADERO

ni siquiera ha salido de España. ¡Que no sigan, por favor! Porque todavía vamos a llegar a la conclusión de que el de Córdoba ni siquiera ha existido.

**

¡Qué le vamos a hacer! Hoy las noticias que nos vienen a las manos son de Manolete. No es que nosotros tengamos predilección por el citado diestro; pero como nos acabamos de enterar que Cossío no es manolete, no tenemos más remedio que decirlo.

Al autor de «Los toros» no le gusta el toreo que hurta medio pase.

O sea, que si Manolete cobra tanto por cada corrida, en resumidas cuentas, lo que ocurre es que las cobra por media corrida.

**

Lo que le parece muy mal también a Cossío son los precios astronómicos que han alcanzado las localidades.

Y espera que el público se aburra de pagar treinta du-

ros y llegue un momento que no los pague. El remedio, entonces, habrá llegado.

También nosotros pensamos que llegará el día en que el aficionado no pague las ciento cincuenta pesetas por la localidad.

Porque le costará el doble

**

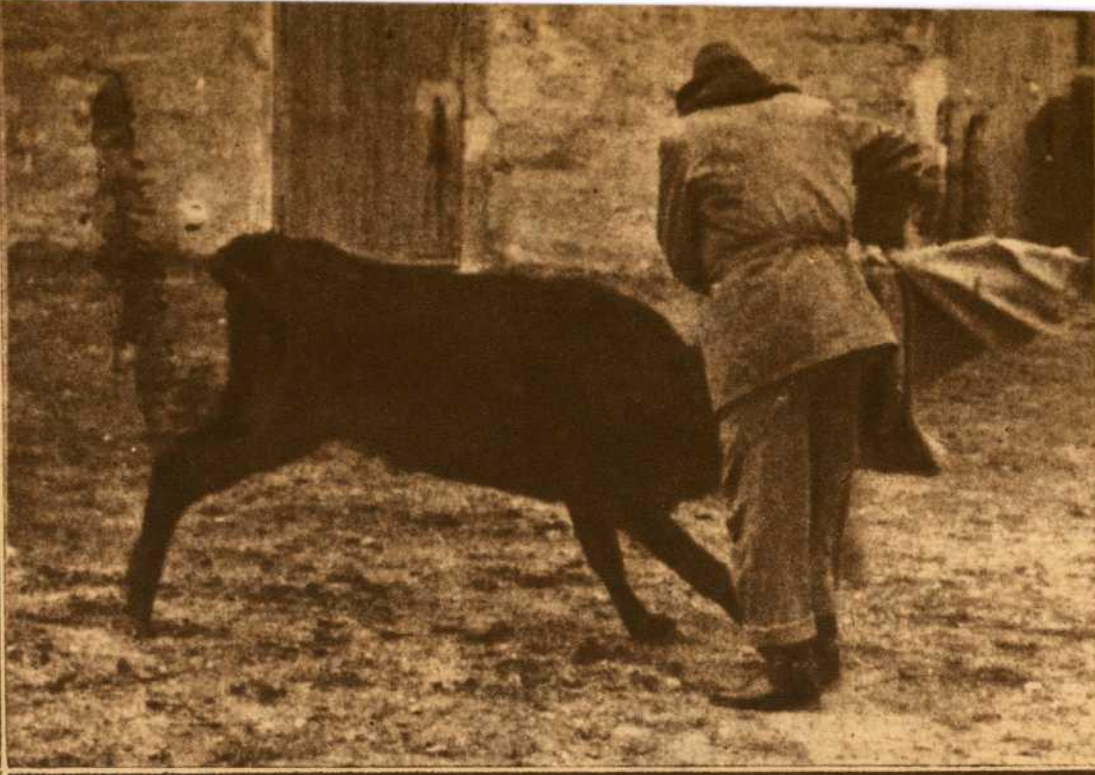
Otra de las noticias de la semana se refiere a una Plaza portátil que van a trasladar a África para organizar allí unas corridas.

Tiene la ventaja de que cuando las tardes se den mal, con recoger los trastos allí no queda ni restos.

Y no pasa nada. ¡Si todos los empresarios pudieran hacer lo mismo!...

¡Qué bien iban a quedar.

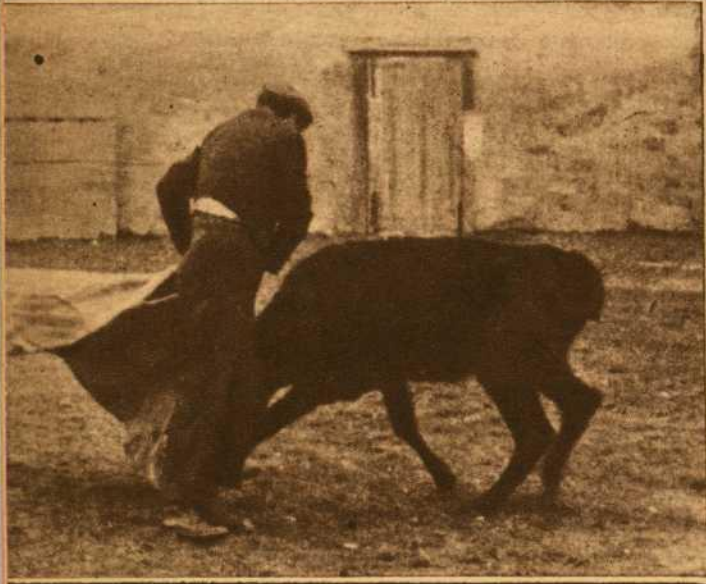




Alfredo Fabrés, en un derechazo

Perico Chicote, impecable de estilo y gracia, remata con media verónica un quite

Chicote y Gandarias durante la tienta

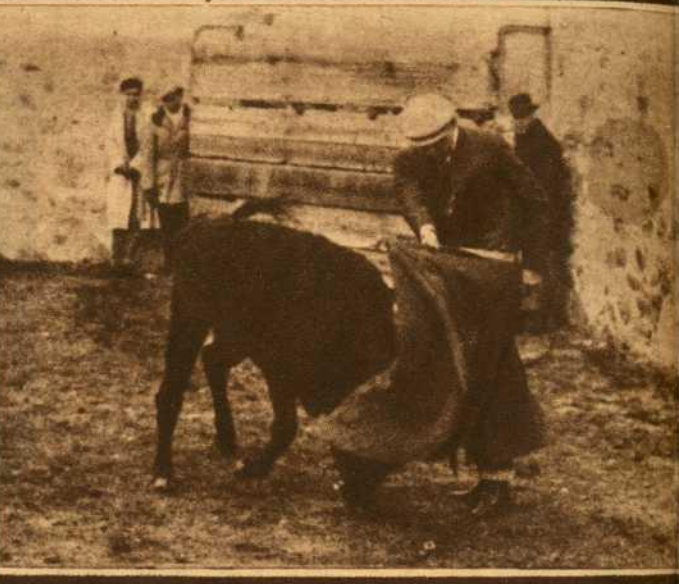


El marqués de Villagodio remata con media

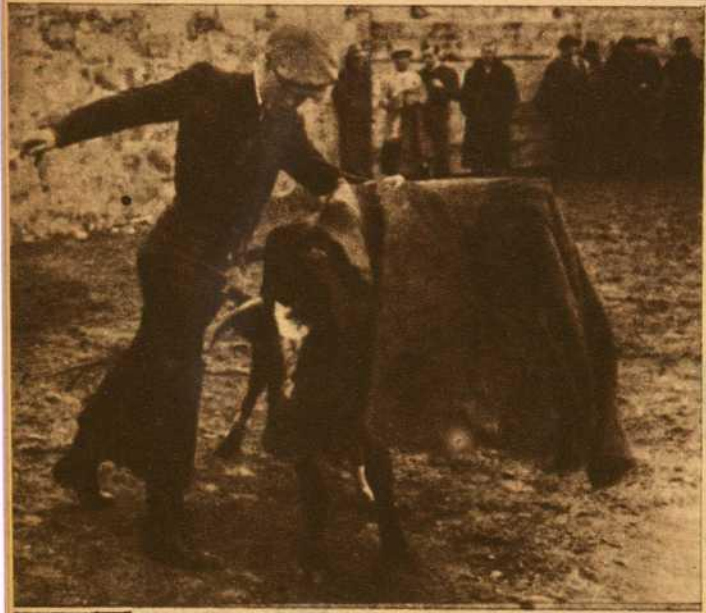
Fiestas en las fincas de Atanasio Fernández y hermanos Sánchez Fabrés

Marqués de Villagodio, Francisco Urquijo, Pedro Gandarias, Alfredo Pickman, Juan Martín y Pedro Chicote

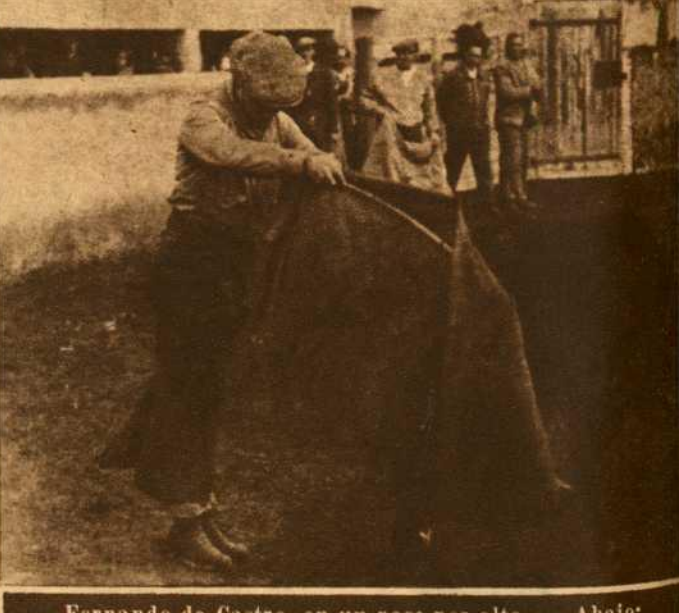
Francisco Urquijo y Alfredo Pickman, en la finca de los hermanos Sánchez Fabrés



Juan Martín, al iniciar un ayudado por alto



Alfredo Pickman, al dar un pase de pecho. — Abajo: Alfredo Fabrés, Juan Martín y Jumillano, con otros asistentes a la fiesta celebrada en la finca del primero (Fotos Mari)



Fernando de Castro, en un pase por alto. — Abajo: Alfonso Fabrés, Francisco Urquijo, Pedro Gandarias, Atanasio Fernández y el marqués de Villagodio, en un alto en las faenas





ENRIQUE
SEGURA

Dominando una vaquilla.
(Dibujo de Enrique Segura.)

Un lance de capa.

